

INTERLUDIO DOS - TRES

ASÍ tendida, soy un surco ardiente
donde puede nutrirse la simiente
de otra estirpe sublimemente loca

[Delmira Agustini](#), poetisa uruguaya, Otra Estirpe, Los Cálices Vacíos, Montevideo, 1913

PARTE TRES,

INICIACIÓN

El viaje a Lehen fue sumamente agradable.

Estaba soleado, teníamos viento a favor y como los remeros tenían poco trabajo, pasamos el tiempo charlando. Eran seis hombres de entre veinte y treinta años, y yo la única pasajera. Transportaban una carga de mejillones que intercambiarían por aceite de ballena. Estuvieron haciendo bromas sobre las historias de cada uno en el baile de Ama, buscando insistentemente que yo compartiera la mía. Me divertí siendo elusiva a sus preguntas e insinuaciones. Dos de ellos se preocuparon especialmente de mi comodidad, ofreciéndome a cada rato frutas, pan, y una bebida amarga y oscura que según ellos, ayudaba a no cansarse durante el viaje.

Cuando llegamos al espléndido puerto, me despedí de mis compañeros lamentando no poder retornar a Sexta con ellos, puesto que volvían a la mañana siguiente y yo me quedaría dos noches. Tuve entonces que gestionar mi regreso y encontré un grupo de navegantes de Zazpir, que transportarían unas muy esperadas bolsas de nueces a Sexta en dos días.

Me dirigí a la *Eskuela* de Navegación, cercana a los muelles. Allí me guiaron hacia un aula, que me serviría como dormitorio por dos noches. Me trajeron un catre y un caldero con agua tibia. Descargué mi equipaje y me di un rápido baño. Estaba ansiosa por ver a Txanona.

Pero ella no estaba cuando trepé por las calles escalonadas de Lehen y llegué a su casa.

Casualmente se encontraba en el mismo edificio donde yo me estaba alojando, atendiendo a su última sesión de entrenamientos para el largo viaje. Me recibió su madre Bentaga, la versión adulta de Txanona, quien me felicitó por las nuevas curvas de mi cuerpo, y me invitó a quedarme a esperar a su hija. Nos sentamos a que me contara detalles de la partida.

Bentaga me informó que una flotilla de seis barcos de residentes de Islas Castigadas había llegado a Lehen antes de fin de año, tras una difícil travesía de casi treinta jornadas. Entre ellos había venido su amigo Mobad, a quien habían alojado durante su estadía. Debido al clima y las corrientes, los viajes hacia Islas Castigadas sólo pueden hacerse en las estaciones de *udaberrri* y *uda*, mientras que los de regreso sólo son posibles en *neguberrri* y *negu*. Por ese motivo, la partida se haría recién al día siguiente. Viajarían cincuenta y seis personas, sumándose veinte nuevos residentes, incluyendo a Txanona.

Era notorio que Bentaga estaba afligida. Hablaba lentamente, haciendo pausas, y por momentos evitaba mirarme. Al día siguiente se marcharía su hija, en un viaje peligroso, a un sitio donde las visitas serían imposibles y con suerte podrían comunicarse una vez por año. Bentaga luchaba contra su resignación al destino elegido por Txanona como lugar de adopción.

— Las Islas Castigadas son un castigo para mí, Itahisa. Primero se fue mi compañero ... ahora ... también se va con él ... mi hija.

No supe qué decir ante su angustia. Me acerqué y pasé un brazo por sus hombros. Ella aceptó mi gesto de consuelo y lloró en silencio.



Su cara volvió a brillar cuando escuchamos los pasos de Txanona llegando a la casa. Salí corriendo a recibirla y nos dimos un apretado abrazo.

— Pero ... debilucha ... qué cambiada que estás ! — Hizo un gesto exagerado con sus manos tocándose imaginarios pechos.

— En cambio tú sigues tan flaquita.— Devolví su burla, moviendo mis manos en un plano vertical.

— Qué malvada ! No digas eso de mis bellas montañitas ! — Me hizo reír forzando sus pequeñas cumbres a hacerse visibles bajo su *brusa*.

Txanona saludó a su madre, quien nos observaba sonriendo desde la puerta.

— Sabes, Itahisa ? Mi madre Bentaga es una privilegiada.

Habiendo sabido de su aflicción, aquella afirmación sonaba ridícula.

— Por qué ?

— Porque todas las madres de Atlantis se despiden de sus hijas cuando van a ser adoptadas.

— Y ?

— Y en cambio yo me he quedado con ella veinte días después de tener mi madre adoptiva.

No sabía que Txanona había sido adoptada.

— Fuiste adoptada ?

— Claro ! — Confirmó alegremente.— En la Fiesta de Ama.

— Cómo ?

— Una Sacerdotisa residente en Islas Castigadas vino a Lehen e hicimos una curiosa Ceremonia de Recepción. Ella no pudo elegir, tuvo que adoptarnos, aunque no le gustáramos.

— Tu madre adoptiva está aquí, en Lehen ?

— Sí. Pero no he vivido con ella. Me he quedado con esta preciosa madre veinte días, para que se aburra de mí y esté deseando que me vaya.

Bentaga mintió un gesto corroborando las palabras de su hija. Me reí de sus actuaciones.

Entramos las tres a la casa. Txanona me llevó a su dormitorio, donde nos habíamos hecho cómplices. Ahora su cama estaba llena de bultos de equipaje. Los bolsos a medio cerrar dejaban ver camisas, abrigos, bombachos, recipientes, sombreros, lámparas, hierbas, semillas, cuerdas, redes de pesca, y un disco metálico de gran porte cuya utilidad ignoraba. Reconocí entre los bolsos el de estómago de oveja que mi abuela nos había regalado en el puerto de Hiru, el año anterior.

— Entonces, parece que finalmente te vas.— Afirmé fingiendo sorpresa.

— Me voy, Itahisa, me voy ...— festejó con ademanes de victoria — y en buena medida se lo debo a mi abogada, la conoces ?

— Creo que tengo el gusto ... es una mujer hermosa, no ?

— Muy bella, muy bella, efectivamente ... y con unos pechos ...

Busqué un objeto para arrojarle y no encontré más que un abrigo de lana. Ella lo interceptó y se lo colocó como un sombrero. Nos reímos.

Le pedí a Txanona que me hablara de su viaje. Nos sentamos en la cama de su hermano Aieko, quien había salido de paseo con el tío Mobad. Me contó cómo se iba a componer la flotilla. Un barco a vanguardia, dos atrás de él, luego una línea de tres en la que ella viajaría, junto a la mayoría de los nuevos residentes. Detrás de estos tres barcos menos experimentados, irían dos más y finalmente uno a la cola. Esa formación, llamada *eskuadra*, era óptima para prevenir o resolver cualquier accidente que pudiera ocurrir. Navegarían las primeras tres jornadas hacia el norte, como en dirección a Zazpir, y más tarde virarían al noreste y finalmente al este para aprovechar al máximo las corrientes marinas.

Si todo iba bien, en quince jornadas estarían arribando a Islas Castigadas, porque de haber buen viento y estrellas, se continuaba avanzando por las noches. Pero podría ocurrir que se toparan con vientos desfavorables. En tales condiciones estaba previsto remar una parte en la mañana y otro tiempo al atardecer. Porque no era posible hacerlo todo el día, aun haciendo turnos entre los remeros. Por cada día de viento no favorable, el viaje se alargaba media jornada. En el peor de los casos, se tardarían veinticinco o veintiséis días en llegar a destino.

Durante la travesía, el principal alimento iba a ser pescado crudo. Porque las frutas y carnes servirían solamente para los primeros días. Y a bordo no sería posible hacer fuego para cocinar. Tras la séptima noche, se prenderían las lámparas para pesca nocturna, o se arrastrarían redes para obtener el único alimento que les iba a mantener con energías para llegar a las islas.

La parte crítica sería hacia el día cinco o seis, cuando deberían enfrentar las grandes olas que marcan el inicio del mar profundo. Estas olas serían más grandes que los barcos, como de diez pasos de altura. Y deberían tratar de encararlas lo más frontalmente posible, para no volcar en sus paredes.

— Y si vuelcan ? — Pregunté atemorizada.

— Estaremos atados al barco. También los equipajes estarán sujetos con sogas. Lo difícil no es nadar hacia el barco, lo difícil es voltearlo si quedó invertido y subirse a él antes que otra ola lo vuelque nuevamente.

— Y si no lo logran ?

— Nos quedaremos ahí hasta que nos rescaten desde los otros barcos, — afirmó sonriente — o nos moriremos de frío ... o nos comerán los tiburones.

— Txanona !

— Nos rescatarán Itahisa, no te preocupes. Hazme el favor. Me alcanza con las preocupaciones de mi madre.

— Tu madre está triste. Hablé con ella.

— Lo sé.

— Se quedará sola cuando tú ... cuando tú y el tío Mobad se marchen.

— No exactamente. Se quedará con mi hermano Aieko. Yo me iba a ir de todas formas ... y el tío Mobad se fue hace años. Mi madre ... tendrá que encontrar otra compañía, no te parece ?

— Supongo que sí.

— Cuéntame ahora tú Itahisa, cómo está esa horrible ciudad que elegiste ? Cómo es tu familia ? Seguro que tienes varios pretendientes ... no habrás ofrecido ya tu flor a alguno de ellos, no ?

Me reí.

Ella me miró con asombro creciente, abriendo sus adorables ojos verdes.

— Lo hiciste, lo hiciste ! — Exclamó casi gritando.

Tuve que pedirle que bajara la voz. Como ella lo había hecho conmigo la noche que nos conocimos.

— Sí. Lo hice ... flaquita.— Dije en un susurro.

Ella volvió a abrazarme alborozada.

— Me lo vas a contar todo, todo, Itahisa.

— Es largo.

— Aquí me quedaré, escuchando tu historia, aunque tenga que postergar un año mi partida.



Acepté la invitación a cenar de Bentaga para poder estar un rato más con mi amiga.

Conocí al tío Mobad, cuando llegó trayendo al pequeño Aieko dormido en sus brazos. Mobad era un hombre hermoso, de rasgos finos, piel bronceada y trenzas en su cabello. Hablaba con largas pausas, siempre pendiente de los gestos de profunda ternura que Bentaga le regalaba a cada momento. Hizo para mí una descripción de Islas Castigadas como el lugar más maravilloso de la Tierra, donde los ríos caen en cascadas sobre profundos y transparentes lagos, y todos los animales, aves, lagartos, conejos e insectos son multicolores. Sus cuentos me resultaron fantásticos, pero difícilmente creíbles.

La partida de la flotilla hacia Islas Castigadas no sería una salida normal de cualquier puerto de Atlantis. Mucha gente iría a despedir los barcos y a sus tripulantes y, no siendo un viaje común, no era necesario iniciarlo de madrugada. Estaba prevista para el mediodía, de modo que no era forzoso despertarse temprano al día siguiente. Pude quedarme hasta tarde conversando con Txanona y su familia, y después fui caminando sola hacia la *Eskuela*, por las iluminadas e impecables calles de Lehen.

Me llamó la atención que varios hombres de distintas edades giraron sus cabezas a mi paso. Uno de ellos se ofreció a acompañarme, a lo que gentilmente me negué. Llegué a mi improvisado dormitorio preguntándome si los hombres de Lehen eran más concientes de mi presencia que los de Sexta, o ello se explicaba porque nunca andaba sola de noche por las calles en mi ciudad de adopción.

Pensé en Etxekide y en Sutziake. No iba a pasar mucho tiempo hasta que ella le ofreciera su flor. Quizás ocurriera en mi ausencia ... esa misma noche. Su hermano pasaría a ser también su amante. Ambas tendríamos que compartir el mismo hombre. No sería un problema ? Y él tendría que distribuir sus atenciones entre nosotras. Sabría hacerlo ? La confianza que sentía por ambos me llevaba a creer que no iba a ser complicado. Pero la situación no dejaba de ser inquietante.



A la mañana siguiente pude verificar que tanto de día como de noche los hombres de Lehen eran igualmente perceptivos. Yendo a lo de Txanona recibí miradas de interés de jóvenes y adultos en el camino. Se lo comenté a mi amiga, mientras cerrábamos los bolsos de su equipaje. Ella lo tomó sin sorprenderse. Afirmó que en su ciudad los hombres sabían apreciar la belleza, y también las mujeres. Agradecí sus cumplidos asegurándole que todos los pobladores estarían apenados por la partida de la más hermosa de las *hamabineskak* nacidas en Lehen. Txanona se rió. Con sarcasmo auguró ríos de llanto bajando por las calles escalonadas, hasta desbordarse por los muelles hacia el mar.

Devolví a Txanona su aro de plata. Le expliqué que había cumplido su función y como Hagora ya tenía el suyo, lo mejor era que volviera a su dueña original. Que lo llevara consigo y le diera suerte en el viaje. Ella sonrió y sin decir palabra, lo colgó de su cuello.

Llegó el momento de trasladarnos hasta el puerto. Bentaga no ocultaba su afectación, Mobad la abrazaba y Txanona dejó de insistir en darle ánimo con la perspectiva de liberarse de ella. En silencio emprendimos el descenso por las calles, cargando varios bolsos cada uno.

Uno de los elegantes muelles de Lehen estaba repleto de gente. Atracados nueve barcos, que lucían recién fabricados, portando remos, tablas y cueros de repuesto. Se cargaban bolsas de harina, ánforas de aceite, herramientas de bronce, y una cantidad

enorme de equipaje. Cada uno llevaría seis tripulantes y sólo dos de ellos una pasajera. Las dos primeras *hamabineskak* de una ciudad aún inexistente. Porque los dos varones de quince años no serían pasajeros, sino que compondrían una pareja de *txalupari*.

La excitación paseaba por el muelle. Muchos residentes, viejos y nuevos, eran saludados por sus familias y amigos entre gritos, risas, abrazos y llantos.

Antes de despedirnos, Txanona me dijo al oído.

— Debilucha, tú me ayudaste a meterme en esto. Por favor dime que está bien lo que estoy haciendo.

Sonreí y le contesté, sin arriesgarme a ser completamente sincera.

— Flaquita, este es tu sueño. Nada puede haber más acertado que seguirlo.

— Gracias, Itahisa.

— Volveremos a vernos ?

— Volveremos a vernos, no lo dudes.

Nos abrazamos fuertemente, había humedad en sus maravillosos ojos. También en los míos.

Txanona se despidió con muchos besos del pequeño Aieko, transfiriéndole la responsabilidad de cuidar a su madre. Él asentía, agitando sus bucles dorados. Luego se fundió en un interminable abrazo con su madre Bentaga. "Voy a estar bien, madre, voy a estar bien", repitió más de una vez.

Fueron embarcando. Supe que una de las mujeres que viajaba en la *txalupa* con Txanona era Zanina, su madre adoptiva. Los remeros tomaron posiciones y mi amiga se acomodó entre montañas de bolsas. Agitaba sus manos saludándonos hasta que se escuchó un griterío de instrucciones. Los nueve barcos empezaron a moverse y en pocas maniobras conformaron la figura de la *eskuadra*: uno, dos, tres, dos, uno. Estuvieron unos instantes sin remar mientras se intercambiaban consignas de navegación.

Cincuenta y cuatro remos cortaron el agua. La flotilla, como un solo cuerpo, fue alejándose del puerto.



Corrimos hacia otro muelle para seguir viéndolos, mientras desplegaron las velas y se iban haciendo más pequeños hacia el norte.

Bentaga no quería moverse de allí. Sus ojos enrojecidos no se apartaban del horizonte. Nos fuimos quedando solas en el muelle. Hasta que ella giró hacia mí, hizo un esfuerzo por sonreír y me abrazó. La sostuve, ofreciendo mis hombros como apoyo a su cabeza. El pequeño Aieko, tomado de la falda de su madre, me miraba en silencio.

Bentaga estaba realmente desmoronada y daba pena. Caminaba lentamente, casi sin levantar los pies del suelo, de la mano de su hijo. Al llegar a la casa, me ofrecí a

preparar un almuerzo. Bentaga anunció que no iba a comer, me agradeció que me quedara, y me pidió que sirviera un plato para mí y otro para Aieko. Cuando me dispuse a hacerlo, ella fue directamente a su dormitorio.

Procuré mantener entretenido al pequeño. Almorzamos papas hervidas con huevos, rociadas en aceite y hierbas, y frutas de postre. Le conté de mis dos familias, la de Bosteko y la de Sexta. De mis hermanos Jama y Aitor y de mi hermana Eider, que eran de su edad. Él me mostró lienzos con sus dibujos, en los que se veían árboles, perros y figuras humanas de curiosas proporciones. Más tarde le pedí que me llevara a pasear por el campo y él aceptó encantado. Me guió directamente a un rincón donde una perra vigilaba sus cachorros. Nos quedamos jugando con los perritos que tenían dientes afilados y nos dejaron marcadas las manos, hasta que el aire de la tarde se hizo fresco.

Bentaga estaba sentada en el hogar, el fuego encendido, envuelta en una manta y bebiendo una infusión cuando volvimos. Abrazó a su hijo y le preguntó cómo había pasado con la tía Itahisa. Aieko hizo un relato entreverado de nuestra excursión por los terrenos comunes del campo. Su madre me expresó agradecimiento con sus verdes ojos, iguales a los de Txanona. Me ofreció la jarra de la que estaba bebiendo.

Traté de animarla diciéndole que en poco tiempo sería Sacerdotisa y podría conformar un *Klan* numeroso. Ella me escuchaba con agrado, pero era obvio que no le consolaban mis promesas. Entonces le pregunté por sus amigas de la Alta *Eskuela*. Me habló de algunas de sus hermanas del Círculo, que se reunían en su casa y a veces hacían fiestas con cualquier excusa. Notando que su voz se iba animando, la alenté a continuar sus relatos, a pesar de que no me interesaban demasiado las historias de la Confraternidad del Círculo de Lehen.

Ya era de noche cuando ella se levantó y puso un caldero con agua al fuego. Aieko daba bostezos sobre sus dibujos de perros y personas deformes. Bentaga preparó unos bocadillos de pan con tomate, que el pequeño celebró devorándolos. Después su madre lo condujo a su cama y yo me quedé en el hogar, controlando el fuego.

Cuando volvió, parecía más contenta.

— Tienes alguna cita para esta noche, Itahisa ?

Me reí. Pensé en los hombres de Lehen, tan atentos a mi paso por las calles.

— Solamente debo volver a un aula que estoy usando como cuarto de dormir.

— Y pasarás la noche sufriendo frío allí, no ?

— Ehh ... es posible.— Recordé que en mi catre tenía una sola manta.

— Por qué no te quedas, Itahisa ? Aquí estarás abrigada. Y mañana temprano recoges tus cosas en la *Eskuela* antes de partir.

No me pareció mala idea. Mi madre Haridian no había querido que me quedara en lo de Txanona la noche previa, pero ésta era la noche posterior. Bentaga se encontraba apenada y necesitaba compañía. Por otra parte, el frío salón de clases que me esperaba no era muy tentador.

— Creo que ... sí. Me quedaré.

Bentaga se alegró. Preparó una bandeja con bocadillos para nosotras. Nos sentamos en el piso, sobre pieles de animales, cerca del fuego. Siguió hablando de sus amigas del Círculo, y me hizo preguntas sobre mis amigas en Sexta. Estaba al tanto de lo sucedido con Hagora, en relación a las idas y vueltas del aro del delfín. Le hablé de mi familia y de las *eskuelak*. Del lento avance de la construcción y del grupo de amigos y amigas que se estaba conformando. La atención que ella ponía en mis historias me dio confianza para contarle sobre Etxekide, la Fiesta de Ama y la cabaña.

Siguió escuchándome interesada. Intervino para señalar la importancia de cuidar a un buen compañero, porque es realmente difícil encontrar uno. Ciertamente estaba hablando de Mobad, aunque sin mencionarlo. Recordé las expresiones de adoración que había advertido entre ellos la noche anterior. Yo le hablé de lo confiada que me sentía con Etxekide, de cómo él me trataba y me hacía reír. Ella ingresó con naturalidad a un terreno de confesiones personales. Me dijo que había tenido muchos hombres en su vida, pero nunca otro que la hiciera feliz, dentro y fuera de la cama, como Mobad. Y que creía que nunca lo iba a encontrar. Traté de quitarle fatalidad a su sentencia, elogiando su belleza y su capacidad de fascinar a otros hombres. Ella agradeció mis halagos, pero insistió en que no hallaría otro como su querido Mobad. Que ya lo había intentado, sin éxito, y le quedaban pocas ganas de seguir buscando.

Sintiendo que la angustia se apoderaba nuevamente de ella, decidí no seguir insistiendo. Nos quedamos un tiempo en silencio, mirando el fuego.

Entonces una atrevida idea apareció en mi mente. Traté de descartarla pero regresaba continuamente, pugnando por pasar de la imaginación a la realidad. Se hizo tan fuerte que terminó imponiéndose a mis dudas y temores.

— Bentaga.

— Sí, Itahisa.

— Pusiste el caldero ... para darte un baño antes de acostarte ?

— Sí.

— Te gustaría ... que te ayudara a bañarte ?

Sus hermosos ojos brillaron a la luz del fuego.

— Claro que sí, Itahisa, me encantaría ... Lo harás ?

— Lo haré con una condición.— Dije en tono de reto.

Ella me miró intrigada.

— Dime cuál es esa condición.

— Que hagas desaparecer esa cara de tristeza por un tiempo.

Bentaga sonrió. Me regaló una sonrisa fresca, sincera. La primera sonrisa no forzada desde mi llegada el día anterior.



El regreso a Sexta no fue fácil como el viaje de ida. Lloviznaba y hacía frío. Los *txalupari* tuvieron que remar contra el mar agitado. Me dieron unas mantas para protegerme y me cubrí totalmente con ellas, acurrucada al pie del mástil.

Dentro de mi escondite estaba sola conmigo, a resguardo del inhóspito clima y de las miradas de los hombres que me rodeaban. Las escenas de la noche anterior con Bentaga se reproducían en mi mente, hamacándose como el barco, entre la perplejidad, la excitación y la satisfacción.

Los sucesos de la noche no tenían una explicación clara.

Por qué me había comportado así con la madre de mi amiga ? Por qué había tomado la iniciativa de ayudarla con su baño ?

La excitación de desvestirla y contemplar su hermoso y delgado cuerpo. El deleite de volcar el agua tibia sobre su cabeza, mientras ella se bañaba. Lo ocurrido después, cuando ambas habíamos buscado el calor del fuego para calentarnos. De cómo había aceptado su invitación a quitarme la ropa para secarla. De la admiración que había visto en sus ojos al desnudarme frente a ella. De cómo había devuelto su mirada, expresando mi deseo de ofrecermela.

La perplejidad al recibir sus besos. Sus besos de amante, al principio tímidos y luego apasionados. La excitación que sus manos sutiles, ávidas, me habían transmitido al tocarme. La manera en que su presencia adulta, femenina, me había sugerido otros disfrutes y convocado a otros misterios. La belleza de su piel, sus curvas, sus pequeños pechos, sus cabellos enrulados. El modo maravilloso en que ella había ido a mi flor, con sus manos y su boca. Sus deliciosas caricias.

Las ganas que había tenido de ser recíproca. De complacerla, de saborear sus aromas y su néctar de mujer. Y la sorpresa de cómo ella había gozado de los juegos de mis dedos y mi lengua en su flor. De lo intensas que habían sido sus expresiones de placer.

La satisfacción de que no había regresado a su cara la tristeza. Sólo sonrisas ... sólo deseo, ternura, disfrute. Hasta que nos habíamos dormido juntas.

De que esa mañana me despertara con un beso y me preparara el desayuno. De sus reiterados agradecimientos por mi visita. Y de su invitación para regresar a Lehen, a su *etxea*, cuando yo quisiera.



Al llegar a Sexta me esperaba una buena noticia.

La Ciudad había designado *maisua* de Construcción para las dieciséis nuevas casas de la colina. Manindar me puso al tanto de la resolución de la *Biltzara*, contándome que el día anterior habían ido al campo delimitado, donde los trabajadores estaban descargando los primeros materiales.

A pesar de que me sentía cansada por el viaje, quise ir a ver los avances de las obras. Le pedí a mi hermano adoptivo que me acompañara al lugar donde se iniciaba la construcción. Adoquines, ladrillos y tabloncillos estaban apilados próximos al depósito de agua. Un grupo de hombres iniciaban la excavación de los pozos comunes de cultivo, mientras los *maisua* y sus ayudantes señalaban, con cuerdas y estacas, las líneas de lo que serían las paredes.

Nos quedamos allí observando su trabajo, hasta que el sol se fue perdiendo en un horizonte cargado de nubes, más allá de la playa.

Manindar me informó que estaríamos yendo con el grupo de la *Eskuela* a participar de las primeras jornadas de la construcción. Y que los varones habían acordado con Sutziake, Gazmira y Hagora ir por las tardes, al salir de Navegación, a colaborar con nosotras en levantar las paredes. Se harían primero las cimentaciones de piedra y sobre ellas los muros de ladrillos de barro. Los techos serían de madera, tratada con resinas para hacerlos resistentes a la lluvia. Los pisos también se harían de madera, de acuerdo a las últimas tendencias en construcción en las ciudades de Atlantis.

Sutziake y Etxekide nos estaban esperando en casa cuando volvimos. Me alegré muchísimo de verlos. Les conté un resumen de mi viaje a Lehen omitiendo la última noche y estuvimos comentando las novedades del inicio de la construcción.

Quería tener un tiempo a solas con cada uno de ellos y se me hizo difícil. No me sentía cómoda para pactar un encuentro con Etxekide delante de Sutziake, ni compartir con ella algunas preocupaciones delante de él.

Cuando Etxekide se despidió, Sutziake me hizo señas para hablar en privado. En el camino hacia su casa, ella me confesó que en mi ausencia le había sido difícil controlar sus impulsos hacia Etxekide. Sus palabras no me sorprendieron. Era consciente que cuando Sutziake se dispusiera, nada podría hacer yo para evitarlo. Solamente agradecí a mi amiga por su sinceridad. En tono de broma le pregunté cómo haríamos para disfrutar ambas del mismo hombre sin volverlo loco. Ella se puso a inventar un complicado y ridículo lenguaje de señas. Su alegría era tan poderosa que hizo desaparecer cualquier preocupación.

La Sacerdotisa Nekane me hizo muchas preguntas sobre el viaje de Txanona a Islas Castigadas. Quiso invitarme a cenar, pero amablemente decliné, porque aún no había visto a mi madre Haridian.

De regreso, me acompañó Etxekide. Apenas nos alejamos de la casa, me colgué de su cuello y nos besamos como si mi ausencia hubiera sido de años. Para molestarle, le exageré todos los piropos recibidos en mi viaje. Él no se mostró preocupado y siguiendo el tono, me preguntó cuál de todos los admiradores me había gustado. Le respondí que ninguno tanto como él, y eso me valió nuevos besos y abrazos.



Nuevamente en casa, saludé a mi madre adoptiva y al tío Jacomar y nos sentamos a cenar. La conversación volvió a mi viaje, a la partida de Txanona, las particularidades de la flotilla y los sucesos de la despedida.

Al irnos a acostar, mientras el tío ordenaba la cocina, Haridian me llevó un momento a su dormitorio.

— Itahisa, creo que hay una parte de la historia que no has contado.

La miré extrañada. Ella sonreía.

— Cuál ... parte ?

— Una parte ... divertida.

No era posible que Haridian se hubiera comunicado tan rápidamente con Bentaga.

— Cómo lo sabes ?

Por toda respuesta, ella palmeó su pecho y levantó sus cejas. Me quedé mirándola, intrigada

— Ehh ... sí, madre Haridian. Yo no sé bien ... por qué ...

— Por qué dormiste con la madre de tu amiga ?

— Sí. Eso.

— Creo que sí lo sabes. Fue porque tú quisiste y ella también. No ?

— Sí ... fue así ... pero ... cómo lo has adivinado ?

— Realmente quieres saberlo ?

— Claro !

Ella hizo una pausa, disfrutando de verme confundida.

— Itahisa. Debes saber que tengo muy buen sentido del olfato. Tu cuerpo me dice que has estado con otra mujer. Y que ello debió ser en Lehen, porque luego viajaste y sé lo que hiciste desde que llegaste a Sexta. Por tu relato en la cena supe de la preocupación que tuviste por la madre de tu amiga. No hay que ser adivina para imaginar lo que ocurrió después.

Quedé sumida en mis propios reproches. Por verme expuesta de una manera tan tonta, por no haberlo podido sincerar, ni tampoco ocultar.

— Lo siento, madre Haridian.

— Qué es lo que sientes ?

— Haber ... haberme portado de esa forma ...

Ella me miraba con severidad.

— Me estás pidiendo disculpas por algo ?

— Sí.

— Por haber pasado una noche con una mujer y no contarle en la cena ?

— Sí ... no.

— Itahisa. No me debes disculpas. No las acepto.

— Pero ...

— Lo que hiciste, estuvo bien. No debes responsabilizarte. Fuiste seducida por una mujer adulta y quisiste dormir con ella. Y tuviste la discreción de no contarle. Eso también estuvo bien. De qué te culpas ?

— No estás molesta conmigo ?

— No.

Me sentí un poco mejor. Y entendí que era necesario ir hasta el final con mi confesión.

— Yo ... no fui seducida por ella.

— Eso sí que no te lo creo.— Me dijo sonriendo.

— Yo tomé ... la iniciativa. Me ofrecí a ayudarla ... con su baño.

Mi madre se rió. Me sentí avergonzada.

— Itahisa. Vas muy rápido. Estoy asombrada de lo rápido que vas. Pero tienes que entender que recién estás aprendiendo, recién estás entrando a la *eskuela*.

— A la *eskuela* ?

— Sí. A la *eskuela* de seducción. Y en Lehen te encontraste con una *maisú*.

— *Maisú* ?

— Efectivamente.

— Yo ... sólo vi una mujer triste.

— Efectivamente.

— Qué quieres decirme ? que no estaba triste ?

— No. Ella estaba realmente muy triste, Itahisa, no tengo dudas. Y tú fuiste el alivio a su tristeza. Nada hay de malo en ello.

No supe qué decirle. Ella no parecía interesada en continuar la plática y yo deseaba terminarla.

— Estoy cansada.— Murmuré.

— Es evidente que estás cansada. Han sido muchas emociones en estos días, no ?

— Sí.

— Quieres darte un baño antes de dormir ? Hay agua en el caldero.

Ella seguía divirtiéndose conmigo.

— Gracias, madre Haridian. Prefiero bañarme mañana.

— Está bien. Que descanses.



La construcción introdujo una nueva rutina en nuestras vidas. Los mediodías llevábamos nuestra comida hasta el campo para sentarnos a almorzar sobre piedras y

tablones, mientras discutíamos detalles con los *maisuak*. Y en las tardes, tras asistir a las clases de Cultivo, volvíamos a la colina a ayudar a los varones en la colocación de las piedras, hasta que oscurecía.

Con el transcurso de los días empezamos a notar que algunas *etxeak* avanzaban más rápido que otras. La de Gazmira y las de otras *hamabineskak* terminaron su cimentación a una velocidad sorprendente. Pronto supimos el motivo. Las construcciones estaban recibiendo trabajo de jóvenes que no eran sus amigos o hermanos. Cada mañana, mientras nosotros estábamos en la *Eskuela*, un grupo de veinte sirvientes se movilizaba desde el Club al campo, y se ponía a disposición de los *maisuak* para cargar y colocar adoquines. Pero solamente en siete de los dieciséis predios. En las siete casas de las *hamabineskak* de la Serpiente.

Interrogamos a Gazmira sobre aquello. Ella dijo no haber solicitado la colaboración de los sirvientes del palacio. Hablamos con Laida, quien parecía liderar el grupo de la Serpiente. Ella nos contestó que los jóvenes eran sus amigos y que por ello estaban ayudando, al igual que lo hacían los amigos en todas las casas.

Hagora y yo nos sentíamos algo molestas y frustradas. En cambio, Sutziake, Iratxe y Oihane hacían continuamente bromas al respecto, quitándole importancia. Curiosamente, las mañanas que no teníamos *Eskuela*, los ayudantes no se hacían presentes, de modo que nunca los veíamos. Oihane empezó a llamarles *mamugilea*, que significa "los insectos constructores fantasmas". Variedad de chistes sobre constructores fantasmas se hicieron frecuentes entre nosotras.



A pesar de que los días eran cada vez más cálidos, bajábamos pocas veces a la playa. A la puesta del sol estábamos agotados y la playa quedaba en el otro extremo de la ciudad.

Cuando lo hacíamos era divertido. Pero se insinuaban situaciones incómodas entre nosotros.

Mientras Gazmira y Hagora no disimulaban su afecto con Baraso, incluso permitiéndose que él las abrazara o besara delante de nosotros, Sutziake y yo éramos más discretas. Aunque Hagora y probablemente también los demás supieran que ambas teníamos a Etxekide como amante, nosotras no lo hacíamos evidente. El propio Etxekide aceptaba con humor el interés de Guadarteme por mí, y el de Manindar por Sutziake.

Sutziake había ofrecido su flor a Etxekide una noche en la que yo no había bajado a la playa.

En realidad, yo no había ido deliberadamente, tras un intercambio con mi amiga en lenguaje de señas. Me enteré por Manindar que habían salido a caminar y demorado tanto tiempo en volver, que él y Guadarteme se habían aburrido de esperarlos.

Al día siguiente estaba ansiosa por escuchar las noticias de Sutziake. Nos encontramos a la entrada a la *Eskuela*. Estaba muy contenta y no paraba de festejar. La felicité como ella había hecho conmigo y traté de entender su desordenada narración. Todo había estado bien, Etxekide se había comportado muy cariñoso, haciéndola gozar de una manera insospechada. Esa mañana, Sutziake no prestaba atención a la clase, ni

podía hablar de otra cosa que no fuera su satisfacción por su encuentro con mi amante, ahora también el suyo.

Me resultó difícil compartir sinceramente su entusiasmo. Tenía necesidad de verificar si Etxekide seguía igualmente interesado en mí como antes. Algo debió haber expresado mi cara que hizo que ella reaccionara. Me dijo que era una tonta si pensaba que él había dejado de quererme. Aunque no desconfiara de ello, debía comprobarlo.

No sufrí mucho tiempo en esa incertidumbre porque ese mismo día Etxekide me volvió a pedir para ir la cabaña. Era lo que necesitaba para tranquilizarme.

A partir de ese momento, se incrementó la frecuencia de mis encuentros con él. Cada cuatro o cinco días, a la puesta del sol, en vez de regresar a nuestras casas, nos íbamos al río y si estaba cálido nos bañábamos antes de entrar a la cabaña.

Una de esas veces estuve con mi segunda luna y tuve que prevenir a Etxekide que era probable que la sangre fluyera de mi flor. Él entendió por mis gestos que no debía preocuparse y tras un momento de indecisión, me tomó con el entusiasmo habitual.

Dos encuentros después fue la primera vez que estuve con él en mis días fértiles. Tampoco tuvo dificultad para entender que podíamos hacer cualquier juego excepto entrar en mi canal. Tuve que postergar mi propio deseo en el momento de mayor calor, para ofrecer mi boca en lugar de mi *natura*. Pero él no pareció muy descontento con el cambio.

A la vez, él y Sutziake iban a "caminar" a las dunas también cada cuatro o cinco días. Me acostumbré al hecho de quedarme en la playa con Guadarteme y Manindar, habilitando a mi amiga a marcharse con Etxekide, sin saber si regresarían a reunirse con nosotros.

Mi hermano adoptivo y su amigo aceptaban la situación haciendo bromas al respecto y empecé a disfrutar de quedarme sola con ellos. Me divertían sus intentos por atraer mi atención, fueran favores, halagos, bromas, o incluso haciéndome enojar. En un par de ocasiones los juegos o los bailes me tentaron a ser más atrevida. A bañarme con ellos y a dejar que algunos roces ocurrieran, inadvertidamente, provocativamente.

Esos juegos en la playa motivaban a Manindar y Guadarteme a poner energías en la construcción de mi casa. Ellos asistían a Construcción con nosotras por las mañanas, después se iban a Navegación en las tardes, pero de allí marchaban a cargar piedras y ladrillos a la colina, excepto cuando llovía o acordábamos ir a la playa.

Terminamos las líneas de cimentación con unos diez días de atraso con respecto a las casas de la Serpiente, pero ello no nos impidió festejarlo una noche, encendiendo por primera vez el fuego sobre la base de piedras de lo que sería mi futuro hogar.



Una mañana me despertó Hagora. Su presencia en mi dormitorio tan temprano no podía indicar otra cosa que un problema. En cuanto salimos de casa me contó de qué se trataba.

Gazmira había recibido una invitación a una fiesta y tenía la posibilidad de llevar a una amiga. Le había propuesto ir juntas. El problema era que el convocante de la fiesta no era otro que el Club de Sacerdotisas de Sexta. Obviamente, tendría lugar en

el palacio de la colina. Hagora me consultaba si debía aceptar la invitación de Gazmira.

Me reí de su nerviosismo mientras caminábamos hacia la *Eskuela*. Como siempre, las consultas de Hagora me resultaban un enredo. Todas teníamos curiosidad sobre cómo serían las fiestas de la Serpiente, pero asistir era pasar por alto la discriminación de la que éramos objeto por parte de los *mamugilea*, o mejor dicho, de quienes los enviaban a trabajar a algunas *etxeak* y no a otras. No me sentía habilitada a responder con una contundente negativa, porque ella iría de todas formas. De modo que solamente le pedí que estuviera atenta y que no hiciera estupideces empujada por el ambiente. Hagora atendió mis recomendaciones, me aseguró que se comportaría dignamente y me agradeció como si realmente le hubiera otorgado un permiso.

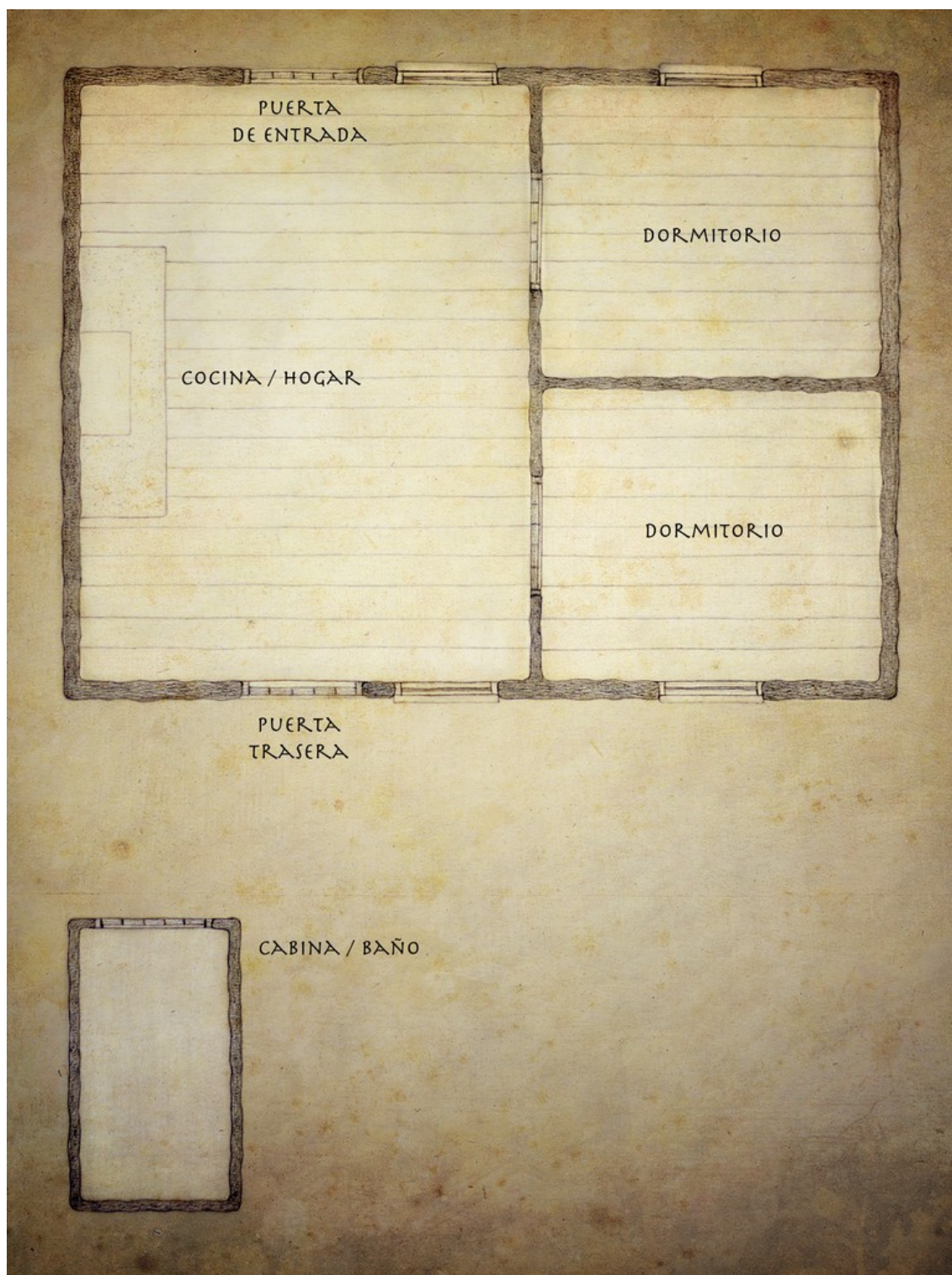


Los días que siguieron empezamos a levantar paredes.

Las casas tenían nueve pasos de frente y siete de profundidad. El hogar, siete por cinco, y los dos dormitorios eran iguales y medían cuatro pasos de largo por tres y medio de ancho.

Estaban previstas tres aberturas al frente y tres al fondo, de modo que hubiera una en cada pieza de dormir y el ambiente principal tuviera ventanas hacia la calle y hacia atrás. Las aberturas se dejaban huecas utilizando un marco de tablas para delimitarlas y poder colocar ladrillos sobre ellas.

La cabina exterior, totalmente de madera, tendría dos pasos de largo y uno de ancho.



El *Maisu* nos hizo varias indicaciones al iniciar la colocación de los ladrillos. Algunas nos resultaron obvias, porque ya las habíamos visto en la *Eskuela*, como la forma de tejerlos desencontrados en cada esquina donde se unían dos paredes. La preparación de cenizas y barros con la que uníamos los ladrillos, debía tener un estado especial en el que la pasta no era difícil de manejar, pero tampoco demasiado blanda. Manindar logró rápidamente producir ese punto de la mezcla, pero a mí no me resultó sencillo.

Trabajábamos intensamente, aunque sólo al atardecer, y por ello nuestras paredes crecían lentamente. Las asistidas por los invisibles *mamugilea*, por el contrario, ya superaban un paso de altura.



El día de la fiesta en el Club, Hagora y Gazmira no fueron a la colina. Supimos por Baraso que la Sacerdotisa Anixua estaba disgustada con su hija adoptiva y que por ello Hagora había ido a casa de Gazmira a prepararse para la fiesta.



Al día siguiente ellas fueron renuentes a contarnos lo ocurrido. Pero Sutziake y yo insistimos hasta averiguar que la fiesta había comenzado con un paseo por el palacio y los jardines, donde la Alta Sacerdotisa había hecho un discurso de bienvenida. Que en múltiples salas había tinas de crema de cabra para bañarse, y en cada una sirvientes para realizar masajes a quien lo deseara. Que luego había tenido lugar un banquete con exquisitos platos y bebidas. Que los sirvientes desfilaban continuamente ofreciendo bocadillos, y muchas mujeres los recibían directamente en la boca. Que recién a medianoche se había iniciado la música y el baile, y que los sirvientes eran todos muy buenos bailarines.



Dos días después sucedió algo imprevisto. Las paredes de la casa de Hagora empezaron a crecer solas. Los misteriosos *mamugilea* las habían agregado a sus contribuciones matinales.



Los escasos embarques de miel de Zazpir con destino a Sexta sufrieron insólitos inconvenientes. Un cargamento se perdió cuando un delfín tuvo la ocurrencia de saltar encima del barco. Otro se quedó en Lehen porque una extraña indisposición estomacal afectó a todos los remeros. Y un tercero llegó a Sexta convertido en hormiguero. El malestar de los pobladores de la ciudad fue haciéndose evidente. La miel, componente imprescindible en tantas comidas e infusiones, se hizo imposible de conseguir en intercambio. De modo que la gente apeló a vínculos familiares en otras ciudades. Enviaban regalos a parientes para que ellos les devolvieran un jarro de miel en el mismo barco. El trueque privado empezó a reemplazar el comercio entre ciudades.

Haridian me pidió que le enviara un mensaje a mi madre Atissa, para saber cuál mercadería disponible en Sexta podría ser de valor en Bosteko, y por lo tanto intercambiable por miel. La respuesta no se hizo esperar y me dejó sorprendida. Pidió que le enviáramos papayas. Yo sabía que en Bosteko no escaseaban las papayas y no le encontraba sentido, pero en Sexta eran tan abundantes que su valor era nulo. Ya ni se recogían de los árboles porque se corría el riesgo de que nadie las quisiera.

Enviamos un canasto de papayas a mi familia y días más tarde nos llegó un gran jarro de miel que nos abastecería por una luna. El tío Jacomar saltaba de contento.

En la Plaza de Intercambio, en el centro de la ciudad, un grupo de jóvenes de la *Eskuela* de Música montó un estrado para realizar una representación del conflicto entre Sexta y Zazpir. En un extremo del estrado, algunas mujeres actuaban como la *Biltzara* de Zazpir y otras hacían la de Sexta en el otro extremo. Los diálogos eran

hilarantes, toda frase que un grupo decía era mal interpretada por el otro grupo, y entre ellos viajaban *txalupak* de mimbre a las que siempre les ocurría un accidente. La representación tuvo tanto éxito que la gente pidió que la repitieran al día siguiente para traer a familiares y a amigos. Para la segunda función, cerca de cinco veces sesenta espectadores rodeaban el estrado, y los actores mejoraron los diálogos y las situaciones absurdas. Al tercer día, había tanta gente que era imposible que todos oyeran, por lo que al terminar la actuación, tuvieron que iniciarla nuevamente a pedido de la multitud. El estrado quedó armado y las representaciones, cada vez más elaboradas, se sucedieron durante nueve días.

Pregunté a Haridian por qué la Ciudad no podía cancelar su acuerdo de intercambio de miel con Zazpir, y realizar uno nuevo con otra ciudad, por ejemplo con Bosteko. Ella me dijo que no era fácil, porque reemplazar a la poderosa Zazpir como proveedora, podía generar inconvenientes para la ciudad que lo hiciera. Y que en el Círculo primaba la opinión de que cuanto peor le fuera a Sexta, más rápido caería Guaxara, por lo cual Bosteko no iría a resolver el aprovisionamiento de miel de Sexta.

No me pareció correcto que la población de Sexta tuviera que sufrir la escasez existiendo una solución sencilla al problema, pero no lo discutí con mi madre adoptiva.



La colaboración de los fantasmas en la casa de Hagora generó problemas.

Iratxe y Sutziake estaban indignadas. No les molestaba que los sirvientes participaran en la construcción de las *hamabineskak* de la Serpiente, pero les resultaba intolerable que lo hicieran con una de nosotras.

Hagora se sintió agredida por sus reacciones, y repitió una y otra vez que ella no había pedido aquella ayuda. Que no era responsable de la decisión de los *mamugilea*. Que si ellos habían decidido levantar las paredes de su casa, no iba a hacer nada para evitarlo. Que tampoco lo haríamos nosotras en su situación. Etxekide y Guadarteme también estaban enojados con Hagora y dejaron de colaborar con ella en la construcción.

La situación terminó de complicarse cuando Iratxe y Oihane se decidieron a reclutar jóvenes en la playa.

Salieron a la búsqueda de fuertes y atractivos estudiantes de navegación y les ofrecieron un trato muy simple. A quien fuera a trabajar a sus casas media jornada, se le recompensaría con una atención especial.

Tuvieron un éxito rotundo. Primero dos, luego cinco, y más tarde entre ocho y diez fornidos estudiantes con una disposición admirable al trabajo, empezaron a ir a sus *etxeak* todos los días. Y al caer el sol, tras las paredes a medio construir, se formaban alegremente en filas para recibir su retribución.

Iratxe y Oihane ponían mucha dedicación en cumplir con su promesa y no parecía disgustarles terminar la jornada con el cabello, la cara y el cuello impregnados en semen. Entre risas se limpiaban y después marchaban al río a bañarse. Sus hermanos y amigos tampoco se veían preocupados. Siguieron yendo a la construcción con las mismas ganas, sabedores que a ellos les estaba reservada la posibilidad de dormir con las chicas de Hiru. Sus paredes crecieron a una velocidad extraordinaria, igualando y superando incluso a las de las casas de la Serpiente.

Esta solución inventada por Iratxe y Oihane provocó problemas en el resto del campo. Las chicas de la Serpiente, lideradas por Laida, empezaron a burlarse y a hablar mal de nosotras, asumiendo que la modalidad de reclutamiento nos involucraba a todas las *hamabineskak* del Círculo. Ello derivó en que otras chicas del Círculo se molestaran por haber quedado incluidas en las acusaciones. La pequeña Dafra, que no pertenecía a ninguno de los bandos, optó por seguir el ejemplo de Iratxe y a Oihane, y en pocos días contaba con cuatro estupendos reclutas.

Manindar y Guadarteme, aunque no se animaran a expresarlo, también se resintieron, porque ellos trabajaban todos los días para Sutziake y para mí sin recibir alguna forma de gratificación, a diferencia de Etxekide que acaparaba nuestros favores. El propio Etxekide, al notarlo, comenzó a sentirse incómodo.

Sutziake y yo no sabíamos qué hacer. Estábamos atrapadas en una situación indeseable, recibíamos acusaciones desde varios frentes y la construcción de nuestras *etxeak* iba quedando visiblemente rezagada.



Una de esas noches, luego de cenar, fui a acostarme como era de rutina.

Me hallaba muy cansada y fastidiada por la complicada deriva de los problemas en la colina. Estaba intranquila y no lograba dormirme. No podía creer que el ambiente de trabajo, que solía ser colaborativo, amistoso y alegre, se hubiera deteriorado de tal forma que quitaba las ganas de ir a la construcción. Todo había ocurrido en menos de diez días, desde la fiesta, desde la maldita fiesta del Club.

Se oían las risas del tío Jacomar y de mi madre Haridian desde su acostumbrado baño nocturno. Seguidas por los susurros en el hogar mientras secaban sus cuerpos antes de acostarse. Aunque hacía tiempo que no escuchaba signos de sus actividades en la cama, no tenía interés en hacerlo. Sus disfrutes ya no me provocaban curiosidad. Al contrario, me hacían evidente que yo no tenía casa, ni cama, ni libertad para dormir con Etxekide o con quien quisiera.

Empecé a sentir gemidos provenientes del dormitorio contiguo. Pensé en jugar con mi flor para distraerme pero no resultó. Me costaba hacerlo estando de mal humor como aquella noche. Me levanté para ir al baño. Al volver, tuve la sensación de que Manindar tampoco se había dormido y me observaba desde su cama. Aunque estaba muy oscuro y no había podido verle los ojos, era probable que él sí hubiera apreciado el contorno desnudo de mi cuerpo.

Nuevamente me acosté pero era imposible dormir. Los ruidos del cuarto de mi madre me distraían. Me preguntaba si a Manindar le ocurría lo mismo. Podía oír su respiración a través de la mampara. No quedaban dudas. Él se estaba moviendo en su cama. Me intrigó la causa de su nerviosismo. Estaría inquieto por las escenas de la tarde, de las chicas de Hiru atendiendo a sus reclutas ? O por la ruidosa actividad de la habitación próxima ? O acaso por mis apariciones frente a su cama ? Por qué nunca antes me había percatado de sus agitaciones ? Habría él advertido las veces que yo me complacía detrás de la mampara ?

Tuve la necesidad de averiguarlo. Era arriesgado, pero sumamente divertido.

— Manindar.— Susurré.

Los movimientos del otro lado de la mampara se detuvieron.

— Qué pasa ? — Respondió con voz casi inaudible.

— Estás ... nervioso ... por algo ?

— Sí.

— Me vas a decir por qué ?

— No.

Me reí en silencio.

— Quieres venir y contarme ? — Insistí.

— No.

— Es por ... los ruidos del cuarto de al lado ?

— No.

— Es por algo de lo que pasó en la colina ?

— No.

— Estás molesto conmigo por algún motivo ?

— Sí.

Festejé su cambio de respuesta. Mi interrogatorio estaba funcionando.

— Manindar.

— Qué.

— Estás molesto conmigo y no me vas a decir por qué ?

— Sí... no.

— No me vas a decir ?

— No.

— Si crees que te voy a dejar tranquilo sin que me cuentes, estás equivocado.

Silencio.

— Manindar.

— Qué.

— Vas a venir o yo tendré que ir a tu cama.

Otro silencio. Me envolví en una manta y me dispuse a levantarme. Pero Manindar lo hizo antes. Su silueta apareció en la penumbra, a los pies de mi cama.

— Ven acá.— Lo invité a sentarse. Él aceptó, obediente, sin decir nada.

Era la primera vez que estábamos juntos en mi espacio del dormitorio. En medio año, mi hermano había dejado de ser un niño. Tenía ya proporciones de hombre, aroma de hombre y todavía voz de niño.

— No quiero que estés molesto conmigo, Manindar.

Él murmuró algo que no entendí.

— Puedo hacer algo para que se vaya tu molestia ?

En la oscuridad pude notar que sonreía. Tomé una de sus manos y la llevé a mi boca. Lentamente sus dedos se movieron cerca de mis labios. Le permití tocar mi cara.

— Quieres tocarme, verdad Manindar ?

Tampoco respondió. Solamente me rozaba las mejillas. Guié su mano hacia mi cuello. Sentí crecer la excitación en el momento que sus dedos acariciaron mi nuca y mis hombros. Era arriesgado, era inconveniente, pero no me importó. Lo deseaba. Estaba ofreciéndome a mi hermano. Dejé caer la manta que me cubría. Mis pechos quedaron disponibles a sus tímidas caricias. Gocé de sus exploraciones, cada vez más atrevidas. Él usaba sus dos manos para jugar con mis pechos. Quise ir a su *zakil*. A su *zakil* de hombre. Manindar se estremeció cuando recorrí su esplendor. No había retorno. Lo empujé hacia mí y nos recostamos ambos en mi cama.

— Quieres tomarme, verdad Manindar ?

— Sí quiero.

— Entonces no me hagas esperar .

Así tuve a mi hermano de adopción dentro de mí. Fue extremadamente placentero. Fue delicioso. Fue la primera de muchas veces.

Fue el inicio de la solución al nudo de problemas de la construcción de mi casa.



Hablé con Sutziake. Le conté mi resolución de dar por terminada la postergación de Guarteme y Manindar. Ella, como siempre, lo tomó de excelente humor. Me respondió que, como antes, seguiría mis pasos. Que yo les dejaría bien enseñados para ella. Entre bromas, le advertí que no pensaba permitir que se adueñara de Etxekide durante el "entrenamiento" de los varones más chicos. Ella otorgó, ofreciéndome sus palmas.

Pero lo que ocurrió en los siguientes días fue lo contrario.

Cuando invité a Guarteme a la cabaña, fue tan divertido que quise repetirlo. Sus derroches de buen humor y energía masculina me encantaron. Estuvo mejor la segunda vez. Y la tercera. Guarteme tenía una capacidad extraordinaria de hacerme

reír mientras me complacía. Y un modo de prodigarse, de subordinarse a mis deseos, que me dejaba fascinada y feliz al término de cada encuentro.

Mientras tanto, Manindar repetía sus furtivas incursiones a mi lado de la mampara. Se aparecía temeroso, expectante, deseoso a los pies de mi cama. Y yo le daba la bienvenida ofreciéndole mi cuerpo sin necesidad de palabras. Nuestros juegos en la oscuridad eran silenciosos y brevísimos, a la vez frenéticos y controlados, hasta que él se derramaba, algunas veces sin siquiera entrar a mi canal.

Los dos varones demostraban su contento en el entusiasmo que ponían en la construcción. Lentamente fuimos recuperando el rezago que teníamos con la mayoría de las casas.

Y yo me fui sorprendiendo de mí misma. Porque cuanto más atendía las demandas de Manindar y Guadarteme, más lo disfrutaba y más deseaba volver a estar con ellos. Y porque casi no extrañaba a Etxekide. Aunque intercambiaba diariamente seductores diálogos y cariñosos saludos con él, de mañana en la *Eskuela* y al atardecer en las obras, no volvimos a ir a la cabaña. Las pocas noches que el tío Jacomar me avisaba que estaría disponible, o ya lo tenía prometido a Guadarteme, o Etxekide iba a verse con Sutziake o me encontraba en días fértiles, en los que prefería los encuentros rápidos con Manindar.

Todo cambió cuando vinieron noches cálidas y nuestras paredes alcanzaron altura. A pesar de que no teníamos techo, ni puertas y el piso era de tierra. Tampoco ventanas, pero podían ser tapadas con mantas.

Fuimos inaugurando anticipadamente nuestros propios muros, mucho mejores que los bosques, las dunas de la playa, las cabañas prestadas, o los clandestinos encuentros en las *etxeak* maternas.

Tuve excusas para inaugurar varias veces mi casa sin techo. Primero con Etxekide, luego con Manindar y finalmente con Guadarteme. Y también lo hizo Sutziake en la suya. Con los mismos invitados. Y en el mismo orden.

Ya no compartíamos un amante, sino tres.



A partir de ese momento se hizo habitual quedarnos en la obra más allá de la puesta de sol, compartiendo los avances, encendiendo fogones y disfrutando intimidades. Nos reuníamos en uno u otro predio hasta que el hambre nos avisaba que debíamos volver a nuestras casas adoptivas a cenar.

La continuación de las obras dependía de que la Ciudad nos entregara una importante provisión de madera. Las tablas necesarias para los techos, puertas, ventanas y pisos.

Pero las maderas no llegaron.

Las construcciones más avanzadas no pudieron continuar. Las rezagadas pudimos seguir hasta alcanzar el mismo punto. De modo que se disolvieron las distancias. Todas las *etxeak* quedaron detenidas en la misma situación, esperando por un cargamento de maderas que se estaba preparando en las canteras. Y por un embarque de herrajes de bronce que debería arribar desde la lejana y enemistada ciudad de Zazpir.

Durante unos días trabajamos en los pozos de los cultivos comunes. Más tarde en las cocinas y chimeneas. Finalmente en los caminos de acceso a las casas y los senderos de los terrenos compartidos. Y entonces no pudimos seguir. No teníamos más tareas posibles hasta que no vinieran las tablas. Dejó de tener sentido ir todos los días a la obra.

Como eran días calurosos volvimos a bajar a la playa por las noches. Pude revivir el ambiente nocturno que me había cautivado en mi primera visita a Sexta. Multitud de fogatas, grupos de músicos y bailes en la playa. Noches cálidas, exquisitas, que invitaban a bañarse en el mar.

Se acercaba la Fiesta de Egu y la anunciada Ceremonia de Iniciación. O mejor dicho, las ceremonias. La del Círculo, que tendría lugar en algún sitio río arriba, en los bosques. Y la de la Serpiente, en los jardines del Club.

Ocho de las dieciséis *hamabineskak* de Elkar participaríamos de la ceremonia del bosque y las demás celebrarían su iniciación en los jardines del palacio. Las dos neutrales mantenían el empate, plegándose una a cada bando. Dafra vendría con nosotras.

En la Fiesta de Egu se cumpliría medio año desde nuestra adopción.

Cuántas cosas habían cambiado desde entonces ! Qué enormes diferencias entre la niña que había partido de Bosteko en las previas de Elkar y la mujer que participaría en los rituales de Egu !

Poco había pensado en mi familia de origen en los últimos días. Recordé lo prometido a mis hermanos con cierta pena. Les había dicho que iría a visitarlos y no había cumplido mi palabra.

Me dispuse a hacerlo. Hablé con Haridian para considerar un posible viaje a Bosteko, pocos días antes de la Fiesta de Egu.

Ella no presentó objeciones. Sólo me recordó lo que yo ya sabía. La única norma de restricción de las mujeres atlanteanas. Nada de hombres en la ciudad materna.



Llegué a Bosteko con mi pequeño equipaje, una bolsa de regalos para la familia de Hagora y una enorme carga de papayas.

Afortunadamente mi madre Atissa me esperaba en el muelle, con mis hermanos Jama, Aitor y Lore, y los tíos Ahar y Txoim. Disfruté sus caras de sorpresa y admiración ante los cambios de mi cuerpo. En cuanto tocamos el muelle salté a abrazarme con ellos. No dejaron de halagarme en el camino a casa, haciéndome tantas preguntas que era imposible responder.

Los tíos habían preparado mis comidas favoritas para la cena. El aire de Bosteko, los objetos de la casa, los olores de la cocina, las voces y las presencias de mi madre, tíos y hermanos me transportaron a mi infancia, tan cercana en realidad en el tiempo, tan lejana en mis vivencias.

La cena se prolongó casi hasta medianoche. No me dieron chance a descansar. Relaté para ellos muchas historias. De *eskuelak* y ladrillos, de Hagora y de mi nueva amiga

Sutziake, de playa y de fogones, de mi viaje a Lehen, de escasez de miel y representaciones callejeras de protesta. Hice referencia a mis amigos, sin ser demasiado explícita. Abundé en relatos sobre mi familia de adopción, de la pequeña Eider, de Jacomar y de Haridian.

Hubo poco tiempo para que yo hiciera preguntas. Mi madre Atissa me confirmó que asistiría a la Recepción de Egu con la idea de adoptar una *hamabineska*. El tío Txoim me reveló el misterio de las papayas, contándome que en Bosteko se estaba fabricando una crema a partir de esa fruta que se utilizaba para curar heridas. Jama me habló entusiasmado de sus éxitos en los juegos de pelota entre niños de ocho años. Aitor me mostró sus iguanas. La pequeña Lore sus dibujos. Y Ahar me resumió los logros de su giras por las siete ciudades, promocionando la carne de conejo.

Fue extraño volver a acostarme en mi cama. Me di cuenta de lo poco que la había echado de menos. Parecía algo raro no tener mi espacio, ni mi mampara para desvestirme. Nos quedamos charlando con Jama y Aitor hasta que me quedé dormida.

Por la mañana, salí a pasear por Bosteko con mi pequeña hermana Lore de cuatro años. Muchas personas, hombres y mujeres, me miraron al pasar y algunas me reconocieron y se acercaron a saludarme. Pude observar detalles en los que nunca había reparado viviendo allí. Las calles en perfecto estado, las lámparas en sus postes, el puerto en crecimiento, la gente amable. Bosteko era una ciudad preciosa.

Al mediodía almorcé con mi madre Atissa. Ella dijo me veía feliz y ello seguramente se debía a mis buenas compañías en Sexta. Fui escueta en mis respuestas, lo suficiente para que entendiera lo que quería saber. Que mis amigos eran también mis amantes, y que estaba encantada con ellos. Atissa sonrió y me felicitó emocionada. Pidió que le anunciara con tiempo la inauguración de mi *etxea*, para poder asistir junto a mis hermanos.

Luego hablamos de la *hamabineska* que tenía planeado adoptar en pocos días. Le dije que debería hacerle una mampara divisoria en el cuarto. Que era necesario para que se hallara cómoda en su nueva casa. Pareció sorprendida por mi recomendación y me prometió que así lo haría. Alentada por su disposición, me atreví a preguntarle si tenía previsto un sitio para que ella pudiera dormir con un amigo cuando quisiera hacerlo. Se rió y confesó no haberlo pensado. Que suponía que la chica esperaba a tener su casa terminada para invitar compañía a su cama. En tono adulto le aseguré a mi madre que las *hamabineskak* de nuestra generación difícilmente esperarían tanto tiempo. Ella volvió a reírse y se comprometió a buscar una solución.

En la tarde acompañé a Jama a un juego de pelota. Allí me dio gusto encontrar a un par de amigos de la infancia, que demostraron mucho interés en mí. Tuve que ser cuidadosa en mi charla y gestos con ellos, especialmente con uno que siempre me había gustado de niña y ahora volvía a resultarme atractivo. Hubiera querido ser provocativa con él como lo era con mis amigos en Sexta, pero estaba prohibido.

Luego fui a la casa materna de Hagora con los regalos que me había encomendado. Vilda se alegró muchísimo al verme. Me hizo pasar, me ofreció comida y bebida, y me hizo un montón de preguntas sobre Sexta y sobre su hija. Conté todo lo que entendí que podría agradarle y omití lo que me parecía que podría preocuparle. Le transmití los besos, abrazos y promesas de visita que Hagora me había dado para ella y volví a mi casa, sintiéndome algo disgustada con el rol de emisaria entre mi amiga y su madre.

En la cena, el tío Txoim trajo un ánfora que medía casi un paso de altura y pesaba como una persona. La miré aterrada. Era miel suficiente como para un año en mi casa. Cómo haría para trasladar semejante carga ? Él me dijo que no me preocupara. Que me acompañaría al puerto de Bosteko la mañana siguiente. Y que a mi llegada a Sexta pidiera un caballo. Que seguramente tendría muchas ofertas sabiendo qué era lo que iban a transportar.

Verifiqué el acierto de Txoim al arribar al puerto de Sexta. Por una pequeña cantidad del contenido del ánfora fui llevada hasta la puerta de mi casa de adopción.



En víspera de Egu fuimos a pasar el día a la colina. No había novedades acerca de los materiales y las construcciones seguían detenidas. La ansiedad nos implicaba a todas las *hamabineskak* por igual al cumplir medio año en Sexta. Las tensiones provocadas por los *mamugilea* primero y por los reclutas más tarde, se habían disipado. Y el ambiente de confraternidad y alegría estaba regresando al campo.

Era un día caluroso que anunciaba el inicio del *uda* y nuestras *etxeak* sin techo no podían protegernos del sol. Al mediodía circuló la consigna de ir a bañarnos al río.

Éramos unos cuarenta cruzando la colina. Al dejar atrás los fondos del Club, Iratxe empezó a correr. Otros la seguimos. Se generó una competencia por quién llegaba primero al río.

Uno de los primeros en llegar fue Baraso. Se detuvo en la orilla, giró hacia los que veníamos aun corriendo, alzó los brazos y se quitó la ropa. Dando grandes pasos entró al río y se zambulló. Los demás varones hicieron lo mismo. Y también Iratxe que había mantenido su ventaja sobre nosotras. Una pila de *brusak*, camisas, faldas, bombachos y sandalias fue creciendo como señal de llegada. Dejamos entreveradas nuestras ropas y nos metimos a las refrescantes corrientes del río.

No pasó mucho tiempo para que también se generalizara un juego de caballos en el agua. Cada una de nosotras se trepó al cuello de uno de los varones y fuimos a derribar a las demás, festejando con alaridos las derrotas propias y con carcajadas las derrotas ajenas.

El río nos había reunido por primera vez desde aquella víspera de Elkar cuando aguardábamos con nerviosismo la adopción. Exactamente medio año atrás.

El río nos vería separadas en dos grupos al día siguiente. En la noche de Egu, la mitad de nosotras estaríamos río arriba en el bosque. Y la otra mitad, río abajo, en el palacio.



Esta vez había sido previsora. Recordando el malestar de la Fiesta de Ama, me había tomado el trabajo de descoser y vuelto a coser mi vestido ceremonial, necesitando agregar un poco de tela para dar cómoda cabida a mis pechos y caderas.

Igual que en la Fiesta anterior partimos hacia el Campo Ceremonial siendo aún de noche, sin portar lámparas, guiándonos por la túnicas blancas que iban delante de nosotros. Antes de llegar dejamos a Manindar en la *Eskuela* de Astronomía y más adelante a Eider en una concentración de niños. Había siete concentraciones de mujeres correspondientes a cada círculo de la formación. Esta vez no se diferenciaban

por edades o rango religioso o académico. Sino que cada *Klan* tenía preasignado un círculo. Un grupo de *eskribak*, funcionarias de la *Biltzara*, tenía lienzos con las asignaciones anotadas en una lista. Cada sacerdotisa debía preguntar cuál de los siete círculos le había tocado y comunicárselo a los miembros femeninos de su *Klan*.

La formación se iniciaba a medida que la gente iba llegando al Campo. Algunas sacerdotisas subidas a los banquitos de madera, señalaban las distancias como mojones humanos. Todas las líneas circulares se definían por cadenas de mujeres tomadas de la mano, sin insinuarse aún las aberturas del laberinto.

Cuando los siete círculos estuvieron completos había luz natural suficiente. El espectáculo era bellissimo. Aproximadamente una carrera de mujeres, vestidas de blanco, tomadas de la mano, salpicadas sobre el verde del Campo Ceremonial.

Ante la llegada de Guaxara, otra vez dos rumores radicalmente enfrentados. Ella hizo unas oraciones, pero en esta ocasión no había replicadoras y no pude captar más que palabras sueltas.

La Alta Sacerdotisa levantó sus manos hacia donde aún no asomaba el sol y a su gesto siete eslabones se quebraron, provocando un pasaje recto entre todos los círculos. Lentamente, las siete rondas empezaron a girar, cuatro en un sentido y tres en el contrario. Tras dar una vuelta completa empezamos a detenernos. La más pequeña y cercana al centro terminó por definir su apertura al noroeste y la segunda siguió girando cada vez más despacio hasta que se detuvo, con su puerta apuntando al sur. Fue entonces nuestro turno. Dando pasos cortos dejamos abierta nuestra entrada hacia el noreste. Y así siguieron los restantes círculos, mientras la columna masculina se acercaba, como el sol, desde el este.

La fila de seis hombres de ancho y varios campos de largo, debió rodear la formación, para acceder a la primera de las entradas. Por allí penetró al más externo de los pasajes dibujados por las mujeres, e inició un giro para buscar la segunda puerta. El ancho de los pasajes entre círculos era suficiente para que seis hombres caminaran por él con comodidad. Lo hicieron lentamente, rodeando la siguiente ronda para ubicar la tercera entrada y así sucesivamente, hasta que los que iban primeros accedieron al centro del laberinto. En ese momento la cola de la columna recién ingresaba a la primera puerta.

Entonces los hombres se detuvieron. No les era posible seguir avanzando y fueron acomodándose en los pasajes de modo que cada una de las mujeres tuviera algún hombre a su frente. Supuse por mis recuerdos de la infancia que esto marcaba el final del ritual, pero estaba totalmente errada.

A mi lado estaba Haridian. Un hombre mayor, casi anciano, que había quedado delante de ella, se le acercó.

— Sacerdotisa. Es usted una mujer realmente hermosa. Sus bellas formas darán inspiración a mis sueños y animarán mis deseos. Daría lo que fuera por que me permitiera complacerla.

Quedé atónita. Mi madre adoptiva simplemente mantuvo la mirada altiva, pretendiendo indiferencia a sus palabras. Luego el viejo se dirigió a mí.

— Señorita. Cuánta belleza en su joven cuerpo ! Si pudiera pasar una noche con usted rejuvenecería treinta años.

No podía creer lo que el anciano estaba diciendo. No sólo se había atrevido con Haridian, sino también conmigo, a pesar de que probablemente quintuplicara mi edad. Mi madre apretó mi mano, en señal que interpreté como que imitara su gesto. Así lo hice. El anciano se dirigió entonces a la siguiente mujer a mi *eskuona*, y le dirigió otros elogios y proposiciones similares. No me recobraba del impacto, cuando caí en la cuenta que todos los hombres hacían lo mismo. Regalaban halagos, piropos y expresiones de deseo a las mujeres que tenían al alcance. Y ellas los escuchaban sin alterarse, sin siquiera devolverles la mirada.

Se acercó a nosotras un segundo hombre que aparentaba unos treinta años. Era alto, de larga barba y no demasiado atractivo. Dirigió a mi madre unos versos sobre la belleza de su cuello y los besos que gustaría darle. Ella permaneció impasible. Cuando se detuvo frente a mí, aseguró que si me hubiera encontrado en la calle, me hubiera confundido con la aparición de una diosa. Me causó gracia y mordí mis labios para no reírme.

Así se sucedieron otros hombres. De distintas edades, con variados estilos, más o menos sutiles en sus apreciaciones. Ninguno de ellos conocido para mí. Era muy raro y divertido escucharlos y fingir indiferencia. Empecé a percibir algunas señales internas que me decían que aquella insólita lluvia de palabras masculinas, dulces o groseras, estaban teniendo efecto en mis partes femeninas.

Si esto ya era novedoso y excitante, lo que ocurrió a continuación me dejó completamente desconcertada.

Un joven de unos dieciocho años, de rostro extremadamente bello, con un cuerpo soberbio, piel bronceada, cabello rubio largo atado y magníficos ojos azules se paró delante de mí. No pude menos que admirarlo.

— Tú debes ser Itahisa.— Dijo con voz grave, mirándome intensamente.

No le contesté. No sólo porque ritualmente era lo esperable. Sino porque quedé estupefacta al escuchar mi nombre de su boca. Era incomprendible que él me conociera y yo nunca hubiera reparado en él.

— Debes ser Itahisa, sin duda. Porque me dijeron que eras la más hermosa de las *hamabineskak*. Pero se equivocaron.

Hizo una pausa. No pude simular indiferencia. Quedé fijada en sus ojos que me recorrían atrevidamente.

— Se equivocaron. Porque no eres la más hermosa de las *hamabineskak*. Eres la más hermosa de las mujeres de Sexta, de todas cuantas hay en este Campo.

Sentí que mi cuerpo se aflojaba. Debía estar soñando. No. No era cierto lo que estaba escuchando. Esas cosas no podían ocurrir. Él siguió hablándome.

— Es una lástima Itahisa, realmente es una pena que no pueda volver a verte esta noche.

Si se trataba de un sueño, era muy extraño. Volver a verme ? Sentí que Haridian estrujaba mi mano.

— Porque si esta noche vinieras Itahisa, no tengas dudas que yo me dedicaría a hacerte feliz.

Tras decir esto se dio vuelta. Ignoró a mi madre y a todas las otras mujeres a mi lado. Desapareció rápidamente de mi vista. Las piernas me temblaban. El corazón golpeaba dentro mi pecho. Una agridulce confusión atormentaba mi cabeza. Esta noche ? Había dicho esta noche ? La Ceremonia de Iniciación ? La Ceremonia de Iniciación a la que yo no iría ... la Ceremonia del Club de la Serpiente !

Mi desconocido admirador era un sirviente del palacio.

Empecé a sentirme algo mareada. Y algo como una piedra se alojó en mi estómago. Mi madre adoptiva me hablaba, otros hombres me hablaban, dejé de escucharlos.



Cuando me repuse, la formación se había desarmado. Hombres y mujeres caminaban alegremente en todas direcciones por el Campo Ceremonial.

Haridian insistía en que debía ignorar las palabras del fantástico joven que había afirmado que yo era la mujer más hermosa de la ciudad. Que no debía creer sus palabras. Que era una maniobra perversa propia de Guaxara. Que seguramente ella había urdido ese plan para seducir a las chicas del Círculo. Que sin dudas lo mismo le habría dicho a Sutziake y a las demás. Atendí sus reiteradas advertencias y argumentos sin decir palabra.

Busqué a Sutziake para verificar si a ella le había pasado lo mismo. Estaba divertida por las cosas que los hombres le habían dicho, pero entre ellos ningún joven excepcionalmente bello. Muchos le habían hecho propuestas para la noche. Me resultó difícil explicarle lo ocurrido.

— Cómo sabes que era un sirviente del Club ? Él te lo dijo ? — Me preguntó entre risas.

— No. Él dijo que si volviera a verme esta noche ...

— A todas nos prometieron las cosas más insólitas para esta noche, Itahisa.

— Pero ... me dijo que era una pena ... que él no pudiera verme. — Intenté aclararle.

Sutziake restó importancia a las preocupaciones de Haridian. Insistió en que todos los hombres habían sido exagerados en sus elogios y eso no debía inquietarnos. Seguimos caminando hasta encontrarnos a Etxekide y adelantándome, corrí a abrazarlo.



Después del mediodía, mi madre adoptiva preparó una infusión para dormir. Ambas nos acostamos a recuperar energías para la ceremonia de la noche.

Estaba oscuro cuando ella fue a levantarme. Volvimos a colocarnos joyas y túnicas de fiesta y partimos hacia el bosque.

En cuanto salimos de la ciudad, vimos otras mujeres marchando en la misma dirección. Haridian me informó que otras ceremonias acontecerían en distintos lugares del bosque.

La noche era tibia, despejada, con luna creciente.

Nos detuvimos en un claro, al borde del río, rodeado de árboles. En el centro había un altar de piedra, forrado de pieles de animales. A su lado, una extraña figura, vestida de negro y encapuchada, revolvía con una gran cuchara de madera el contenido de un caldero.

Saludamos a Sutziake y Hagora y a sus madres, Nekane y Anixua. También estaban Iratxe, Oihane y Dafra con sus madres adoptivas, a quienes sólo conocía de la Ceremonia de Recepción, medio año atrás. Reinaba el nerviosismo entre nosotras. Todas teníamos adelantos incompletos de lo que ocurriría en la ceremonia. Nuestras madres, deliberadamente, habían evitado introducirnos en los detalles. Era un ritual de iniciación entre mujeres y viviríamos experiencias desconocidas.

La mujer de túnica y capucha negra, ayudada por Nekane, transportó un canasto de leña a un punto próximo al río, a unos seis pasos del altar. Allí dispusieron ramas y cortezas para encender el fuego. Luego volvieron al centro y cargando otro canasto caminaron en dirección opuesta para prender la segunda hoguera. Los dos fuegos señalaban el este y el oeste desde el altar, llenando el aire de ricos aromas de cortezas.

Repetieron la operación otras dos veces, para marcar el norte y el sur del espacio ceremonial.

A continuación Nekane llamó a su hija Sutziake, a Haridian y a mí. La vieja nos señaló primero la pila de leña y a continuación dos puntos equidistantes del altar. Procedimos a cargar los canastos y a encender las hogueras.

Y así fueron haciéndolo, sucesivamente, las demás sacerdotisas y sus hijas adoptivas, para producir un círculo de hogueras. Doce fuegos demarcando un espacio circular alrededor del altar. Cada una de nosotras había participado en el inicio de uno.

La anciana de la caperuza negra hizo una señal con su cuchara que anunciaba el comienzo de la celebración. De a una, nos fuimos acercando al altar central, donde procedimos a quitarnos las joyas y las sandalias. Las depositamos en cestos de mimbre, cerca de varias ánforas con agua y una pila de mantas. Entonces nos formamos en el círculo definido por los doce fuegos.

Se escuchaba el murmullo del río, el mínimo movimiento de las ramas de los árboles, y el canto de los grillos. Los rostros expectantes podían adivinarse a la luz de las llamas.

Entonces la mujer de negro quebró el silencio, levantando sus manos y entonando, lenta, dulcemente, una frase.

— *Izan Arro.*

Significando la esencia de la concavidad, el lecho del río, el cuenco receptivo que representa lo femenino.

A lo que nuestras madres respondieron, emulando el tono y la cadencia de la anciana, cantando.

— *Izan Bat.*

Expresando nuestra disposición a la reunión, a la unidad fraterna. Nos convocábamos a ser un solo cuerpo.

La directora de la ceremonia invocó a la Diosa Principal, la condición maternal, creativa, fecunda, reproductiva, de las mujeres.

— *Izan Ama.*

Y todas coreamos.

— *Izan Bat.*

Haciéndonos una con la Diosa Madre.

La anciana replicó:

— *Izan Ur.*

La esencia del agua, que nutre y refresca nuestras vidas. Respondimos también unificando nuestras voces.

— *Izan Bat.*

Ella refirió esta vez a la Diosa Elkar, la Esencia de la Comunidad, el espíritu de nuestro pueblo.

— *Izan Elkar.*

Para que nosotras contestáramos:

— *Izan Bat.*

La mujer de capucha oscura inició otra estrofa, apelando al fuego. El fuego que demarcaba el círculo que nos reunía.

— *Izan Su.*

También el fuego nos hacía una.

— *Izan Bat.*

Y por último al Dios cuya fiesta estábamos celebrando. El Dios masculino, del calor, la fuerza y la energía.

— *Izan Egu.*

Nos unimos a Él en nuestra respuesta.

— *Izan Bat.*

Ensamblando apelaciones por sucesivas repeticiones, fue componiéndose la canción ceremonial.

— *Izan Arro, Izan Bat, Izan Ama, Izan Bat.*

— *Izan Ur, Izan Bat, Izan Elkar, Izan Bat*

— *Izan Su, Izan Bat, Izan Egu, Izan Bat.*

El tono suave y la cadencia del cántico fueron haciéndose más enérgicos, más firmes, incrementando el ritmo y el volumen. Nuestras voces se unían en coro imponiéndose en la negrura del bosque. Haciéndonos un solo cuerpo, una sola concavidad, una sola agua, un solo fuego. Nos tomamos de las manos formando una cadena blanca y empezamos a girar en ronda, sin dejar de repetir.

— *Izan Arro, Izan Bat, Izan Ama, Izan Bat.*

La mujer de la capucha se desentendió de nuestros cantares y desplazamientos, agregó leños para mantener vivos los fuegos y regresó a su cuchara y su caldero.

— *Izan Ur, Izan Bat, Izan Elkar, Izan Bat.*

— *Izan Su, Izan Bat, Izan Egu, Izan Bat.*

Otra indicación que no advertí. La ronda desaceleró lentamente, dando pasos cada vez más pequeños, hasta detenerse. La canción también fue apagándose, disminuyendo, hasta permanecer como un susurro.

— *Izan Arro, Izan Bat, Izan Ama, Izan Bat.*

Entonces la directora se quitó la caperuza negra. Sus cabellos plateados brillaron al reflejo de las llamas y pudimos ver su rostro, arrugado, noble. En la expresión de sus ojos había vitalidad, bondad, sabiduría.

Ella tomó de una pila lo que parecía ser un bastón, grueso y corto, de extremos redondeados y lo introdujo en el caldero.

Hizo otra seña.

Nekane y su hija adoptiva Sutziake, abandonaron el círculo para acercarse al altar. Lo que ocurrió a continuación me dejó sorprendida. Nekane dejó caer su túnica al piso, para sentarse en el altar de piedra, totalmente desnuda.

— *Izan Ur, Izan Bat, Izan Elkar, Izan Bat.*

La anciana retiró el bastón del interior del caldero, impregnado en una sustancia pegajosa que parecía miel. Y con él fue parsimoniosamente a la *natura* de Nekane, quien abrió sus piernas para que la vieja, delicadamente, apoyara la punta embadurnada en la entrada de su flor. Pude ver el asombro de Sutziake y el de las otras *hamabineskak* cuando su madre hizo evidentes exclamaciones de placer al recibir las caricias de aquel *zakil* de madera. Nekane se dejó caer sobre las pieles que cubrían el altar, dejando las piernas separadas, ofreciéndose.

La anciana frotó durante un tiempo los rojizos pliegues íntimos de la Sacerdotisa, deslizando el bastón hacia arriba y hacia abajo. Luego se lo entregó a Sutziake. Ella lo miró asustada. Se oyeron risas. Mi amiga consultó a su madre adoptiva con la mirada.

— *Izan Su, Izan Bat, Izan Egu, Izan Bat.*

Ella le devolvió un gesto animándola a continuar. Sutziake procedió a llevar el rígido *zakil* al lugar donde era demandado. Todas asistimos impresionadas a lo que sobrevino. Nekane terminó de acomodarse sobre el altar y lentamente recibió en sus profundidades el bastón sostenido por su hija. Como si se tratara de una virilidad auténtica, tomándolo, deleitándose con él.

Ante la ostensible satisfacción de su madre, Sutziake se animó a jugar, a mover el bastón con suavidad hacia adentro y hacia afuera. Las manifestaciones de placer con las que respondió Nekane me parecieron excesivas. No podía creer que aquella cosa dura pudiera ser tan disfrutable. Las *hamabineskak* observábamos con cierto estupor la fascinante escena. Al punto que se nos dificultaba seguir la canción que inevitablemente seguía coreándose.

— *Izan Arro, Izan Bat, Izan Ama, Izan Bat.*

Vimos que Sutziake incrementaba el ritmo de los movimientos del *zakil* de madera. Con las manos aferradas a las pieles del altar, la mujer adulta se sacudía y gritaba de placer. Sutziake, instintivamente, se detuvo. Nekane demoró en reaccionar. Hasta que tomó el bastón con sus propias manos y lo hizo salir de su cuerpo.

Nekane y la anciana, paradas a cada lado de Sutziake, aflojaron los nudos de su túnica y se la quitaron. El joven y hermoso cuerpo de mi amiga quedó expuesto. La vieja recogió de otro recipiente un poco de agua en la concavidad de su mano y murmurando unas oraciones, lo volcó sobre la frente de la *hamabineska*, mojando su cara.

Sutziake fue invitada a acostarse sobre las pieles. La mujer de negro tomó otro bastón de la pila y lo introdujo en el caldero para impregnarlo del viscoso ungüento. Se lo dio a Nekane, quien lo aproximó cuidadosamente entre las piernas de su hija adoptiva.

Sutziake tuvo un espasmo ante la primera caricia del *zakil* artificial. Luego pareció acostumbrarse al contacto tibio de la madera embadurnada y empezó a disfrutarlo. No tardó mucho en gemir del placer que le provocaba su madre adoptiva al deslizar el bastón en su *natura*. Esta vez no me cabían dudas de lo genuino de su goce. Señales de mi propia flor me lo hicieron saber.

— *Izan Ur, Izan Bat, Izan Elkar, Izan Bat.*

Mi madre Haridian me habló al oído. Seríamos las siguientes en ir al altar. En correspondencia con el orden en que habíamos sido adoptadas. Sutziake había sido la primera del Círculo aquella noche en la *Biltzara*, y yo la segunda. La Ceremonia de Iniciación copiaba la secuencia de la de Recepción.

En el centro de la ronda, los roles habían cambiado. Nekane, visiblemente divertida, manipulaba el bastón en el interior de Sutziake. Mi amiga era la que agradecía con palabras poco comprensibles las maniobras que su madre le aplicaba. Vimos la tensión de su cuerpo, su respiración agitada, sus contracciones, al acercarse a la cumbre de su goce. Y más tarde la vimos regresar de allí, jadeando, feliz, recuperando el aire, mientras su madre retiraba el grueso palo de su canal.

Nos acercamos al altar. Haridian y Nekane se dieron un emocionado abrazo. Ayudé a Sutziake a pararse. Cuando la abracé me dijo en voz baja que me quería mucho y me besó.

Ellas regresaron al círculo sin molestarse en recuperar ropas ni joyas, pero antes de tomar su lugar, fueron a saludar a las demás, recibiendo abrazos y palmadas de afecto. Dieron una rápida vuelta por los doce fogones, donde sacerdotisas y novatas repetían sin cesar.

— *Izan Su, Izan Bat, Izan Egu, Izan Bat.*

Mi madre, enfrentando a la anciana, se desvistió.

La mujer de negro tomó el tercer bastón de la pila y lo sumergió en la preparación que parecía miel, pero despedía un aroma amargo. No lo llevó a la *natura* de mi madre. Directamente me lo dio.

Haridian me ofreció su flor, sonriendo, como una vez lo había hecho en su cama. Apoyé el extremo del palo sobre su arbusto de color castaño oscuro, dejando escurrir algunas gotas de aquel espeso fluido hacia su flor. El líquido bañó su centro de placer y descendió por sus pliegues, hasta depositarse en la entrada de su canal. Aquel canal que había atrapado mis dedos en mi primera exploración, estaba ahora aguardando un *zakil* de madera que yo empuñaba. Recordando aquella escena, reproduje como pude los movimientos que ella me había enseñado. Describiendo dibujos, subiendo y bajando, distribuyendo la miel, para aumentar su excitación. Ella me miraba encantada, deseando que la penetrara, pero demoré ese momento. Antes de hacerlo acumulé el ungüento que pude en su entrada. Apenas empujando, lo hice entrar. Percibí que su exclamación de goce era acompañada por algunas mujeres en la ronda.

Sabía lo que debía hacer a continuación. Sabía cómo mover el bastón dentro de ella. No me resultó difícil llevarla a su máximo placer, mientras el coro a mi alrededor reiteraba su nerviosa letanía.

— *Izan Arro, Izan Bat, Izan Ama, Izan Bat.*

Era mi turno.

Dejé que las dos mujeres me desnudaran y recibí el agua fresca en mi cara, en símbolo de mi Iniciación. Me acosté en el banco de piedra recubierto de pieles.

Mi madre tomó el bastón de las manos de la vieja y cuando lo apoyó sobre mí, tuve una sensación extraña. Era placentero, no se parecía a un *zakil*, pero tampoco a un palo de madera. Se sentía agradablemente caliente. La miel producía un calor intenso en mi flor, un calor estremecedor.

Lo curioso era que el calor permanecía aun cuando el bastón era retirado. No sólo permanecía sino que continuaba aumentando. Bien diferente a cualquier experiencia anterior. Aquella viscosidad no era un medio para facilitar el contacto, no requería presión o movimiento alguno, era suficiente por sí misma para generar un efecto prodigioso, extraordinario.

Tan delicioso que por un momento perdí la noción del bastón. No tuve necesidad de sentirlo en mi canal. Sin embargo, Haridian buscó mi entrada, hizo leve presión e introdujo el extremo untoso dentro de mí.

Lo tuve. Enorme, llenándome de una manera extraña, exagerada. No tan rico como un *zakil* verdadero, pero aun así disfrutable.

El calor se extendió del exterior de mi flor a todo mi canal, bañándome por dentro.

Incrementándose hasta llegar a mis pechos, a mis pies y a mi cabeza. Era fantástico, me dejé llevar por él, dejándolo crecer, hasta estallar en oleadas de placer que celebré gritando. Sentí que me aflojaba, me relajé en el contacto suave de las pieles, noté que el bastón se deslizaba fuera de mí.

Abrí los ojos. Vi las estrellas sobre el firmamento oscuro. Y luego la cara de Iratxe.

Ella era la siguiente. Acepté su ayuda para levantarme. Le dije: "esto es maravilloso, Iratxe, no puedo creerlo" y ella solamente sonrió.

Haridian me abrazó y juntas recorrimos la ronda de los doce fuegos, saludando, recibiendo felicitaciones, besos y abrazos. Desnudas, regresamos a nuestro puesto, para recomponer el círculo de concavidades, agua y fuego, que nos unía.

— *Izan Ur, Izan Bat, Izan Elkar, Izan Bat.*

Me resultó tierna la forma en la que Iratxe atendía a su madre. La miraba con intensa dulzura, mientras procuraba hacerla gozar con delicadas aplicaciones de miel en su flor. La conexión afectiva entre madre e hija era indudablemente excepcional.

En mi canal, la percepción caliente, líquida, agradable, no había desaparecido. Seguía provocándome disfrute, como una memoria deliciosa y suave de lo vivido en el altar.

Iratxe recibió su bendición de agua y fue desvestida. Su cuerpo me pareció sumamente bello. La había visto desnuda el día anterior, al llegar corriendo al río y durante la pelea de caballos y jinetes, pero no había reparado en su belleza. Tenía pechos pequeños pero hermosos, piernas perfectamente torneadas y su piel brillaba reflejando la luz de las fogatas.

Su madre fue recíproca con ella de un modo igualmente cariñoso, mostrando una sensibilidad exquisita. La escena era emocionante. Aguardé a que volvieran a la ronda para expresarles mi regocijo con la belleza de su acto. Mientras tanto, tuve renovadas ganas de cantar.

— *Izan Su, Izan Bat, Izan Egu, Izan Bat.*

Iratxe y su madre regresaron a la ronda. Al pasar por delante de mí les ofrecí un abrazo de felicitación. Besé a Iratxe en agradecimiento por la dulce y tierna escena que nos había regalado. Noté que lo mismo hizo Sutziake, no así las demás *hamabineskak* que seguían vestidas. Al parecer, ellas no se habían conmovido como nosotras.

En el momento que Oihane y su madre adoptiva llegaban al altar, advertí que una de las chispas que volaban unos instantes en el aire hasta desaparecer, quedó flotando, suspendida largo tiempo sobre la cabeza de la anciana y su luz amarilla fue tornando, como la maduración de una fruta, hacia el rojo intenso.

La noche inaugural del verano era espléndida, cálida, apacible. Ni siquiera se notaba el rocío nocturno. Era un deleite estar desnuda en aquel claro del bosque, en el círculo iluminado por las hogueras.

Oihane hacía maravillas con el bastón en la *natura* de su madre, quien demostraba con nítidas exclamaciones su satisfacción. Una chispa se hizo roja amenazando caer sobre su pecho, pero a último momento dio un viraje en el aire y se elevó hacia el río.

Cuando la vieja vertía el agua sobre la cabeza de la chica de Hiru, tuve la extraña y fascinante sensación de volver a sentir el bastón en mi canal. Me sobresalté como si realmente hubiera regresado a mis adentros. Por un instante reviví el contacto caliente, rígido, enorme, extremadamente placentero. Y tuve que aferrarme al brazo de mi madre para sostenerme en pie. Ella se mostró comprensiva, supo lo que me había pasado sin necesidad de explicárselo.

Quise abrazar a Oihane. Por la gracia demostrada en el baile de Ama, por su abnegada dedicación a la construcción de su casa, por su entusiasmo al recompensar a sus reclutas, por su alegría permanente en la colina, por el emocionante acto de cariño que había tenido con su madre.

Cuando la siguiente chica pasó al altar las hogueras insistían en arrojar chispas amarillas sobre nosotras. Curiosamente cambiaban de colores en sinuosas trayectorias. Pude ver chispas amarillas, blancas, rojas, verdes y azules flotando sobre el altar. Era gracioso. Ahora cantábamos con más entusiasmo.

— *Izan Arro, Izan Bat, Izan Ama, Izan Bat.*

La madre de Gualda tenía pechos de un tamaño excepcional. Parecían pechos de amamantar, llenos de leche. Increíblemente me dieron ganas de ser bebé para deleitarme con ellos. Qué gracioso ! Imaginarme succionando aquellas enormes cumbres, alimentarme de tal abundancia. Miré a Sutziake que se estaba riendo de sus propios pensamientos, que eran los míos. Ella se había figurado lo mismo. No pude contener la risa. Mi madre también se dio cuenta y rió de lo absurdo de nuestros deseos.

Le pregunté por qué había tantas chispas de colores y ella me explicó que era para que la ceremonia fuera más entretenida. Hizo un gesto cómico al darme tan sencilla justificación. Me causó mucha risa. Sutziake y Nekane también se reían de lo mismo.

La chica de Biko y su bien dotada madre jugaban en el altar con el bastón untado en miel. Estaban tan concentradas en darse placer que ni siquiera notaban las chispas. Ya no eran chispas, ni frutas, sino luces de colores. No podía creer que no les molestaran las pelotitas luminosas. Azules y rojas, verdes y blancas, amarillas y violetas.

Hagora introducía el palo embadurnado en la *natura* de su madre adoptiva, la Sacerdotisa Anixua. Y ella lo gozaba de manera impresionante. Gritaba como enloquecida, estremeciéndose, sacudiéndose, en alaridos de placer. Daban ganas de aplaudir a Hagora. Qué habilidad la suya al manejar el bastón !

Las copas de los árboles se mecían, se hamacaban por el viento. Afortunadamente sólo había viento a la altura de los árboles, pero nada a nivel del piso. Qué noche soberbia. Merecía que estuviéramos tan contentas.

La alegría inagotable de Iratxe y Oihane. Bailaban sus pasos, pero de vez en cuando tropezaban y caían. Caídas graciosas, actuadas, que provocaban la risa de todas.

Otra vez sentí el bastón entrándome. Riquísimo. Tan intenso que no pude mantenerme parada. Me senté en el pasto a saborear las caricias calientes en mi canal.

Dafra y su madre estaban jugando en el altar. Todas las túnicas blancas habían sido abandonadas en una pila. En la ronda, catorce mujeres desnudas, cantábamos, bailábamos y reíamos. La vieja de negro era la única vestida, atenta a lo que pasaba con la última pareja de madre e hija en el altar y dirigiendo el canto.

— *Izan Ur, Izan Bat, Izan Elkar, Izan Bat.*

Los puntos luminosos le daban un marco espectacular al baile alrededor de los fogones, iluminando fugazmente los cuerpos, en destellos rojos, amarillos y verdes. A veces provocando efectos fascinantes. Un brazo se hacía más grande que otro, o una pierna. Las bailarinas se meneaban flexibles como juncos. Mis propias manos aumentaban de tamaño, como infladas con agua.

Me di cuenta que estaba cansada porque tenía muchas ganas de bailar pero no podía hacerlo. Sutziake y yo nos acostamos a observar las ridículas danzas de las demás chicas y sus madres.

Las ramas superiores de los árboles se inclinaban hacia nosotras, reverenciándonos.

Como ya nadie cantaba, los grillos se encargaron de reproducir el coro. Era increíble cómo los grillos habían aprendido tan rápido los versos ceremoniales y nos avisaban que ya éramos una. Que nos habíamos unido. Con el agua, con el fuego y con las Diosas.

— *Izan Su, Izan Bat, Izan Egu, Izan Bat.*

El resto de mi cuerpo se fue haciendo agua. Entendí que en raras ocasiones, el agua tiene la propiedad de flotar sobre el aire. Mi cuerpo de agua hizo que me separara del piso, que pudiera despegarme del molesto pasto y afortunadamente pude ir a cazar mariposas de colores sobre los fogones.

Eran mariposas y yo podía volar tan rápido como ellas. Eso me provocó una breve incomodidad en la espalda cuando me crecieron las alas. Bonitas, frágiles, ramificadas, aceitosas, transparentando colores rojos, verdes y amarillos.

Las mariposas hermanas me guiaron por el bosque.

Pude elevarme sobre los árboles y observar las demás ceremonias nocturnas que estaban teniendo lugar. En las que las *hamabineskak* y sacerdotisas danzaban en círculo en los fogones, se besaban, se abrazaban, se complacían unas a otras sin parar de reírse.

Al llegar al río comprendí que era posible pasear por encima de él. Avanzamos un rato en dirección de la corriente y arribamos a la zona de las cabañas. Allí me esperaba Etxekide. Tan bello, con su largo cabello atado, su barba incipiente, su brillo en la mirada azul y su *zakil* espléndido. Solamente lo besé y me alejé. Porque él quiso invitarme a bañarnos. No pude explicarle que mis alas se estropearían al mojarse.

Retomé el vuelo sobre el río. Las mariposas hermanas habían convocado a los grillos a acompañarnos. Los grillos eran negros y apuestos, hermosos, pero no multicolores como nosotras. Siempre dispuestos a ofrecernos agua para calmar nuestra sed.

Descendimos río abajo, hasta la colina.

Ingresamos a los jardines del Club de las Sacerdotisas de Sexta. Nos detuvimos en los macizos de flores cuidadosamente llevados por los jardineros del palacio. Ya no era de noche. El sol iluminaba los canteros rebosantes. Hibiscos amarillos y azules, magnolias blancas y púrpuras, rosas blancas y rojas. Mis hermanas me enseñaron a libar la dulzura de las flores, a saborear el néctar de sus recónditas cavidades, a impregnarme de sus exquisitos aromas, a acariciar mis alas contra los delicados pétalos.

En nuestras recorridas por los jardines, lo encontré. Agachado, trabajando en los terrenos floridos.

Su hermosa cabellera rubia cayendo sobre sus hombros musculosos. Su esbelto cuerpo luciéndose al sol. Regalándome su cautivante sonrisa. Fijos en mí sus impactantes ojos marinos.

Mi admirador misterioso del Laberinto de Egu estaba feliz de verme.

Quiso invitarme al palacio pero yo señalé hacia el otro lado de la colina, donde estaba mi casa en construcción. Él se lanzó a correr en esa dirección, mientras nosotras continuábamos nuestro vuelo.

Mi *etxea* estaba terminada. Con techos y ventanas. Mi propio jardín lucía hermoso, también abundante de flores. Mi cama tendida con delicadas telas. En ella me acosté a esperar al sirviente que venía corriendo, jadeando, tratando de alcanzarme. Estaba sudoroso al llegar a mi dormitorio. Le pedí a los grillos que le dieran de beber. No me importó estar en mis días fértiles. Me ofrecí a sus deseos, deseaba sentirlo dentro de mí. Él lo merecía.

Hice señas a mis hermanas mariposas que nos dejaran solos, pero ellas, en un ataque de risa, se negaron. Entrometidas, asistieron extasiadas a nuestra unión, usando las alas para aplaudir cada una de las enérgicas embestidas de mi amante al penetrarme.

Quedé embarazada tres veces. Tuve dos hijos y una hija. Más tarde cruzamos el mar.

Jornadas y jornadas, hacia Islas Castigadas, y más allá. Con Baraso y Etxekide, con Txanona y Sutziake, fuimos a explorar un continente desconocido. De tanto viajar mis alas empezaron a marchitarse. Las hermanas y los grillos no habían venido con nosotras.



Tuve que descender al piso. Allí me posé suavemente sobre el pasto. Estaba saliendo el sol.

Tenía sed. Y mucho sueño.

Vi los árboles meciéndose, reverenciándome. Ya no volaban las chispas de colores. Me di cuenta que los fogones estaban apagados.

Alguien se acercó hacia mí. La reconocí. Era la vieja de negro.

Ella me alcanzó una jarra con agua. Estaba fresca y deliciosa.

Y me entregó una manta. Le agradecí.

A mi lado estaba Sutziake, durmiendo. También mi madre Haridian, y Anixua y Hagora. Desnudas, acurrucadas, descansando.

La anciana me preguntaba algo, que me costó entender.

— Cómo estuvo tu viaje, querida ?

La miré con desconcierto. Demoré en componerme.

— Fue maravilloso.— Le respondí.

Estaba agotada. Envolviéndome en la manta me quedé dormida.



Desperté con el sol alto. El claro del bosque se veía distinto a mi registro de la noche. Era mucho más grande y la corriente del río estaba a la vista. Un macho cabrío de pelaje negro pastaba en la orilla.

Sentadas en el altar, que parecía más pequeño sin las pieles, Haridian y Anixua charlaban animadamente, compartiendo una taza humeante y unos panes.

Hagora, Dafra y otras *hamabineskak* y sus madres aún dormían. La anciana no estaba a la vista.

Cuando quise levantarme, recordé que estaba aún desnuda. Envuelta en mi manta fui en búsqueda de mi túnica y sandalias. Mientras me vestía devolví el saludo de mi madre adoptiva y de la Sacerdotisa Anixua. Luego fui a sentarme con ellas. Haridian relataba cómo su caballo se había negado a cruzar un río de leche y la madre de Hagora hablaba de un curioso barco que tenía la capacidad de seducir a los delfines.

Empecé a comprender que la viscosa sustancia del caldero era la responsable de las extrañas experiencias de la noche. La miel que había dado calor a nuestras partes íntimas tenía ese poder de embriagarnos y hacernos viajar. Además de miel, la preparación incluía hongos, hierbas y raíces. Una receta ancestral que pocas ancianas, sabias sacerdotisas jubiladas, dominaban.

Me preguntaron por mi historia. Se rieron cuando les hice una escueta reseña de mi travesía con grillos y mariposas, omitiendo el encuentro con el sirviente del palacio.

Anixua y Haridian me dijeron que los viajes son un modo de conocernos. De aprender cosas de nosotras mismas, que de otra forma no sabríamos. Y un incentivo a disponernos a nuevas experiencias en nuestra vida.

Recogimos del cesto nuestras tiaras, pendientes y pulseras y nos despedimos de Anixua. Dejamos atrás el claro del bosque. Mientras caminábamos de regreso a casa fui recordando los sucesos de la noche.

Me reí por dentro reconociendo cuánto había acertado mi madre al anunciarme que la Ceremonia de Iniciación sería muy divertida.



El día siguiente trajo novedades sorprendentes.

La primera llegó temprano en la mañana, cuando retomamos los cursos en la *Eskuela* de Construcción.

Apenas me vio, Gazmira vino hacia mí sumamente entusiasmada.

— Tengo saludos para ti, Itahisa.

— De quién, Gazmira ?

— De Zebensui.

Nunca había escuchado ese nombre.

— Quién ?

— Zebensui. No me digas que no sabes.— Su tono era pícaro.

— Ehh ... no.— Concedí, aunque un pequeño remolino se formaba en mi pecho.

— A ver ... — dijo ella — si te acuerdas. Es un joven muy apuesto, de unos dieciocho años, un cuerpazo espectacular, ojos que encandilan, barba recortada, cabello rubio larguísimo atado en cola ...

Aunque aquel remolino se desataba en mi pecho y mi estómago, traté de aparentar serenidad.

— Sí, está bien, creo saber de quién hablas. Qué te ha dicho ?

Gazmira disfrutaba de mi ansiedad.

— Me ha dicho tres cosas.

— Te escucho.

— Primero. Que quedó apenado de no verte en la Ceremonia de Iniciación.

Aquello confirmaba mis sospechas y me recordaba las advertencias de mi madre. Fingí indiferencia.

— Segundo ?

— Segundo, — hizo una pausa para aumentar mi expectativa — dice que quiere verte.

No entendí por qué mis piernas perdían firmeza.

— Y tercero ?

Gazmira se regodeaba.

— Tercero, me insistió mucho ... que si aceptabas visitarlo al palacio, él te esperaría encantado. Me dijo "encantado" Itahisa. Pero en caso contrario ... aseguró que si tú quisieras invitarlo a tu casa en la colina, él iría corriendo.

El remolino dentro de mi cuerpo se hizo tormenta. Llegó a mi cabeza y quedé nublada. Las estúpidas piernas me temblaban. La estúpida de Gazmira se reía de la expresión de mi cara.

No era posible. Era increíble. Había dicho que iría ...

— Corriendo ? — Atiné a balbucear.

Gazmira festejó a carcajadas.

— Corriendo, Itahisa, exactamente. Eso es lo que me pidió que te dijera.

Aquello era por lo menos insólito. Hice un esfuerzo por tranquilizarme.

— Gracias Gazmira. Te dijo algo más ?

— No.— Volvió a reírse — Te parece poco ?

No me animé a confesarle que me parecía demasiado. Ella siguió buscándome.

— Me imagino que vas a hacer algo, no ?

— No sé.— Respondí secamente

— Itahisa. No seas tonta. Me vas a decir que no te interesa ?

— No sé.

— Te diré una cosa. Si ese divino de Zebensui llegara a hacerme la más mínima insinuación, yo no dudaría un instante, Itahisa. Sería yo quien iría corriendo a sus brazos. Me entregaría sin condiciones. Le ofrecería todo lo que ...

— Basta Gazmira. Ya entendí.

Ella no pareció ofenderse por mi rudeza.

— Tú ... sabes quién es Zebensui, Itahisa ?

Me pareció absurda su pregunta.

— Un sirviente del palacio, no ?

— No.— Dijo ella risueña.

— No ?

— Bueno, sí. Pero no un sirviente cualquiera.

La miré intrigada.

— Quién es Zebensui, Gazmira ?

Otra tensa y deliberada pausa. Su respuesta fue como un golpe que terminó de destruir mis defensas.

— Zebensui es el amante preferido de Guaxara.



Pasé la mañana distraída, confusa. Tratando de explicarme el repentino interés de Zebensui, o bien la perversa maniobra de Guaxara, según Haridian. Y la extraña coincidencia entre mi "viaje" y el mensaje que él me había enviado por Gazmira. Trataba de aclararlo, pero cuanto más me esforzaba en una justificación, más incomprensible me resultaba.

Debí alegrarme por la segunda novedad importante del día. Aunque no estaba de humor para celebrarlo. A mediodía, el *Maisu* nos anunció que el cargamento de maderas para nuestras casas estaba listo. Que en un par de días sería transportado a la colina. Eso significaba no sólo retomar la suspendida construcción, sino también que en poco tiempo tendríamos techos, puertas y ventanas. Era una noticia excelente que valía el festejo con el que fue recibida, que no acompañé con el merecido entusiasmo.

Pero esa no fue la última sorpresa del día.

Al llegar a casa al atardecer, tenía un mensaje de mi madre Atissa.

Eran dos noticias. Había adoptado una *hamabineska*. Proveniente de Lau. Su nombre era Malazeda. Mis hermanos y también yo, teníamos una nueva hermana por adopción.

Eso era esperable. La segunda parte del mensaje me dejó desconcertada.

Mi madre Atissa estaba embarazada. Mis hermanos y yo tendríamos un nuevo hermano de vientre.

Yo había estado con mi madre quince días atrás. Cómo era posible ? Recién lo había sabido ?

No era coherente con la tradición adoptar mientras se está criando bebés. Qué le estaba ocurriendo a mi madre ? Parecía que tomaba algo exageradamente su determinación de ampliar su *Klan*. Un nuevo miembro de mi familia iba a nacer sin que yo estuviera ahí. No iba a poder acompañar a mis hermanos, Jama, Aitor y Lore en ese momento. La idea de que en mi lugar estaría esa Malazeda, me producía un dejo de amargura.

Haridian notó mi fastidio. A pesar de ello me dijo con firmeza.

— Debes enviar tus felicitaciones a tu madre Atissa.

No era lo que tenía ganas de hacer. De todas formas accedí.

— Así lo haré, madre Haridian.

De repente, me sentí furiosa. Con mi madre Atissa en primer lugar. Con Gazmira. Con Malazeda. Con Zebensui. Con Guaxara. Con Haridian. Y conmigo.

Dije una frase que pretendió ser una excusa por ausentarme en la cena y ante las atónitas miradas de Manindar y Eider, fui a mi cama a acostarme.



Fui al puerto al día siguiente y envié una felicitación a Atissa de Bosteko. Por su nueva hija adoptiva y por su futuro hijo de vientre.

Mientras almorzábamos, me decidí a contarle a Sutziake sobre el mensaje que Zebensui me había hecho llegar a través de Gazmira. Como era esperable, ella lo tomó con humor.

— Qué harás, Itahisa ?

— No sé ... Qué harías tú, Sutziake ?

— Invitarlo a mi casa ... cuál podría ser el problema ?

— Te acuerdas de lo que pasó con Hagora cuando la fiesta del palacio ?

Sutziake me regaló su típica risa. Fresca, desbordante.

— Sí. Fue un problema.— Concedió.

— Tengo serias dudas que el interés de Zebensui por mí sea genuino.

— Cuál sería el propósito de Guaxara si ella quisiera seducirte ?

— No tengo idea.— Admití.

— Es tan lindo ese Zebensui como dices ?

— No te imaginas, Sutziake.



Luego de mucho insistir, logramos vencer la reticencia de Gazmira a contarnos sobre la Ceremonia de Iniciación de la Serpiente.

Por lo que supimos se había parecido a la fiesta anterior en el palacio y muy poco a nuestra reunión en el bosque. Nada de hogueras, ni altar, ni canciones, ni viejas de negro, ni bastones, ni viajes. Mucha comida, bebida, baile y disponibilidad de sirvientes.

Los *zakilak* no habían sido de madera, sino de verdad. Nada de miel, sino semen en abundancia. En tanta abundancia que cada *hamabineska* había sido bendecida con una lluvia. Varios sirvientes habían bañado a cada iniciada volcando simultáneamente su semen sobre cada parte de su cuerpo.

Gazmira se encargó de resaltar que Zebensui se había mantenido al margen de tan lujurioso ritual.



Las maderas fueron transportadas a la colina arrastradas por caballos. Eran vigas y tablones de cuatro pasos de largo, con las que se armarían las estructuras de los techos, las aberturas y los pisos.

Seguían faltando los herrajes, pero igualmente teníamos material suficiente para unos cuantos días de trabajo. Se restableció la rutina de las tardes en la colina con nuestros amigos. Regresaron los reclutas de Iratxe, Oihane y Dafra. Volvieron también las incursiones matinales de los fantasmales insectos constructores, los *mamugilea*.

Sutziake y yo no quisimos quedarnos atrás otra vez. Con Manindar, Guadarteme y Etxekide nos esforzamos en seguir el ritmo de las demás casas y lo fuimos logrando.

Al culminar las jornadas expresábamos el agradecimiento a nuestros colaboradores, ofreciéndoles un descanso placentero en nuestros rústicos dormitorios sin cama. Como ellos eran tres y nosotras dos, uno solía quedar sin recompensa. Aunque no se quejaban si les tocaba quedar aparte, no era cómodo estar resolviendo cada noche quien sería el excluido.

Una tarde, en su habitual tono jocosos, Sutziake me preguntó si me animaría a atender a dos de los varones la misma noche. Le seguí la corriente. Riendo, le pedí aclaración sobre si se refería a los dos a la vez, o uno después del otro. Ella me devolvió la pregunta.

— Cómo te gustaría a ti, Itahisa ?

Lo pensé un momento. Me gustaban las dos posibilidades, según quiénes fueran mis posibles contrapartes.

— Depende.— Contesté.

Inevitablemente se rió de mi ambigüedad.

— De qué depende ?

— Creo que no tendría problema en estar con Guadarteme y Manindar al mismo tiempo.

Ella se quedó pensativa, sonriendo. Luego preguntó.

— Y a distinto tiempo ?

— Tampoco.

— Y a Etxekide ?

— Solo o último.

Sutziake volvió a reírse. Con cara de inocencia me desafió.

— Entonces tenemos un trato ? Empezamos hoy ?

Su velocidad era graciosa.

— No.

— Por qué no ?

— Porque aún no me has dicho, querida Sutziake, cuáles serán tus condiciones en este trato.— Respondí con sorna.

Ella me miró apretando su sonrisa.

— Si no te he dicho mis condiciones, querida Itahisa, es porque no las tengo.

— Qué quieres decir con que no las tienes ?

— Quiero decir que estoy harta de dejar a alguien afuera.

— Y ?

— Y que estoy dispuesta a que no siga ocurriendo. Sin condiciones.

Tardé un instante en comprender las implicancias de esa afirmación. Sutziake estaba estableciendo nuevas reglas de juego. Quise dejarlo explícito.

— Entonces, si una noche ... elijo a uno de los varones, no importa cuál, tú ... te harás cargo de los otros dos ?

— Sí.— Afirmó contenta.

Lo volví a pensar. Pero no hallé objeciones. Le ofrecí mis palmas en señal de aceptación.

Sutziake las golpeó y me besó en la boca.



El resto de la tarde estuve nerviosa. No dejaba de imaginarme en escenas con dos amantes. Y me descubrí más excitada y menos segura por la perspectiva.

Las certezas que había tenido en la conversación con Sutziake por momentos se diluían. Sería tan sencillo como ella lo había transmitido ? Ya no me parecía obvio que pudiera disfrutar dos hombres a la vez. Ni me quedaba claro que Etxekide debería tener un trato diferente al de los otros dos.

Por otra parte era evidente lo que Sutziake quería resolver. Era insostenible seguir despidiendo a uno de los tres a la puesta del sol.

Decidí inaugurar yo misma el nuevo acuerdo. Esa noche. Con Manindar y Guadarteme. Se lo indiqué por señas a mi amiga.

Y me dispuse a divertirme.

Mientras cargaban tablonas, jugué a seducir ostensiblemente a mis colaboradores. Fui exageradamente provocativa en mis palabras con ellos. Los traté de reclutas. Les dije al oído que si no trabajaban bien no iban a recibir la rica lamida que estaban esperando. Mostré más de lo habitual el escote de mi *brusa* al agacharme frente a

ellos, favorecí los roces con sus cuerpos al cruzarnos y hasta simulé buscar algo en el piso para otorgarles una vista fugaz de mi flor.

Más tarde los hice trabajar en mi futuro dormitorio. Con adoquines y tablonces fabricamos un esbozo de cama y sobre ella dispusimos gran cantidad de mantas. Mientras ellos tendían la improvisada cama, alterné el contacto entre uno y otro. Pretendiendo observar un detalle en las tablas tomé a Guadarteme por la cintura y apoyé mis pechos sobre su espalda. Con la excusa de buscar una manta me agaché y al levantarme rocé mi cara por la entrepierna de Manindar.

Rápidamente ellos entendieron y siguieron el juego. También inventaron motivos para tocarme, para que me inclinara favoreciendo la exposición de mis pechos, o para abrazarme en festejo de cualquier mínimo logro.

Lo siguiente era besarlos. Sutziake y yo nunca lo hacíamos a la vista de los otros. Pero en cuanto la tosca cama estuvo aceptablemente pronta, tomé a Guadarteme por el cuello y le di un breve beso en la boca. Luego giré e hice lo mismo con Manindar. Pero no fue breve. Sin soltar su boca di un pequeño paso hacia atrás donde estaba Guadarteme, apoyando mi espalda sobre su pecho. Mis nalgas quedaron en contacto con la dureza de su *zakil*. Tomando a Manindar de la cintura, lo apreté contra mí, presionando su propia dureza contra mi flor.

Por un momento, les dejé frotarse por delante y por detrás, simplemente gozando la experiencia. Guadarteme fue quien se atrevió a subir mi falda y mis partes quedaron en delicioso contacto con los miembros que me palpaban frenéticamente. Me quité la *brusa*, dando mis pechos a la boca de Manindar que tanto los apreciaba, mientras Guadarteme besaba mi nuca y acariciaba mis costados. Quise prolongar al máximo aquella situación tan placentera de ser besada por dos bocas, acariciada por cuatro manos y friccionada por dos *zakilak*, pero en cuanto mi goce aumentaba, se me hizo difícil.

De modo que fui a sentarme a la cama, trayendo a mis dos amantes ante mí. Quitó sus ropas y tuvo sus virilidades apuntándome, expectantes. Tomando la de Manindar con una mano, fui a saborear con mi lengua la de Guadarteme. Así dediqué un rato a cada uno y no pasó mucho tiempo para que ambos explotaran en mi boca y en mis pechos.

Di indicaciones a Manindar de que se trepara a la cama y a Guadarteme de que se arrodillara entre mis piernas. Me recosté y gocé del tratamiento de Guadarteme. Él supo llevarme rápidamente al máximo. Las atenciones de Manindar en mis pechos se conectaban misteriosamente con las de Guadarteme en mi *natura*.

Hasta que me desbordé en estallidos de placer.



En el campo contiguo, los trabajadores de la *Biltzara* iniciaron la perforación de lo que sería el depósito de agua de las *hamabineskak* de Ama.

Ocupamos varios días en disponer el entramado de vigas sobre los muros, para poder iniciar la colocación de las tablas del techo. Al mismo tiempo, en la *Eskuela* de Construcción, íbamos practicando la difícil fabricación de puertas y ventanas, y la técnica de impermeabilizar la madera con aceites y resinas.

A pesar de que hacía mucho calor fuimos pocas veces a la playa. La mayoría de los atardeceres terminábamos tan cansados que nos resultaba penoso cruzar la ciudad para ir a bailar.

Una de esas pocas noches que fuimos a la playa me encontré con Zebensui. Aparentemente caminaba solo por la orilla cuando se topó conmigo. Devolví su fervoroso saludo y sus exagerados halagos con extrema frialdad, ante el estupor de Hagora y Gazmira, y seguí mi camino.

Si nos quedábamos en la colina a la puesta del sol, encendíamos fuegos y cantábamos o bailábamos acompañados por los tambores de las chicas de Hiru. Si no teníamos clases en las *Eskuelak*, pasábamos la jornada entera en la construcción. Y cuando el calor era insoportable, cruzábamos hasta el río, muchas veces corriendo, a refrescarnos.

Continuamos cumpliendo el acuerdo con Sutziake. Siempre que no llovía y no bajábamos a la playa, nos repartíamos por señas las recompensas de final de jornada. Rápidamente olvidé mis restricciones con Etxekide y ambas alternamos en nuestras improvisadas camas a los tres varones y a cualquier combinación de dos de ellos. Sin importarnos si estábamos en nuestra luna o en nuestros días fértiles. Ellos se adaptaban de buen humor a eventuales restricciones e incluso las llegaban a anticipar.

Hagora logró vencer sus temores a navegar y viajó a Bosteko con una carga de papayas. Regresó a los siete días trayendo un ánfora de miel y regalos de mi familia. Dijo que mi hermana adoptiva Malazeda era muy agradable, pero no le creí mucho.

Hagora y Gazmira seguían contando con el apoyo de Baraso y algunos de sus amigos de Navegación en las tardes, y de los *mamugilea* en las mañanas. A veces Baraso se acercaba a ayudarnos a Sutziake y a mí. Varias veces tuve la tentación de seducirlo. Tuve la precaución de consultarlo con Gazmira y con Hagora, y ellas no mostraron objeciones. Hasta que una tarde me decidí a hacerlo. Fue divertido, extremadamente breve y pasó inadvertido para los demás. Estando en mi dormitorio con él, le di la espalda y me incliné para provocarlo. Baraso no demoró un instante en acercarse por detrás y yo no demoré un instante en pedirle que me entrara. No hubo más palabras. Parada, apoyé mis manos en mi cama y él me penetró sin el mínimo juego previo. En cuatro o cinco embestidas había terminado. Quedé sorprendida de lo disfrutables que me resultaron sus maneras bruscas, tan distintas a lo que estaba acostumbrada

La pequeña Eider cumplió ocho años unos días antes de Egu Niño. Hice para ella una camisa de fina tela de algodón y la bordé con unos dibujos en lana roja. Los tomates y pimientos que con ella cuidábamos dieron abundante cosecha durante el *uda*.

Los herrajes que debían venir de Zazpir no llegaron. O sí llegaron, pero no lo supimos exactamente. Unos días después de Egu Niño nos enteramos que algunas *etxeak* de la Serpiente ya tenían sus herrajes y estaban colocándolos. Supuestamente era porque los habían obtenido directamente en la *Biltzara*. Fuimos con Sutziake, Iratxe y Oihane a la *Biltzara* pero allí nos dijeron que el embarque aún no había arribado.



Los techos estaban casi prontos cuando empezamos a cumplir los trece. Las dieciséis *hamabineskak* del campo cumplíamos trece años en *neguberrri*. Al aproximarse el día de cada una, las amigas colaborábamos con ella para que su techo estuviera al menos presentado para festejar su cumpleaños en su casa propia. La noche de de la fiesta

llevábamos comida y bebida y nos reuníamos bajo el recién terminado techo, para homenajear a la que dejaba de ser una *hamabineska*.

El mío fue uno de los últimos y recibí cantidad de brazos solidarios para terminar de colocar los tablones que faltaban.

Mi madre Haridian y la pequeña Eider también vinieron a ayudar. Contando con los músculos de Baraso y sus amigos, en un par de jornadas completamos el techo. Iratxe, Oihane y sus amigos trabajaron en las puertas. Guadarteme y Etxekide iniciaron el tendido de vigas y tablas en el piso del hogar. Gazmira y Hagora me ayudaron a nivelar con arena y piedras la entrada de la calle y la salida al fondo. Cuando el piso del hogar estuvo parcialmente colocado, Haridian y Eider ayudaron a Manindar a improvisar una mesa y unos bancos con tablas y ladrillos.

Finalmente llegó el día. En la mañana me hicieron regalos mi madre Haridian, Eider y el tío Jacomar. También llegaron por barco desde Bosteko regalos de mi madre Atissa y de mis hermanos. En la *Eskuela* recibí varias felicitaciones, besos y abrazos. Al atardecer marchamos a la colina, cargando abundante comida y bebida para la primera fiesta en mi propia *etxea*.

A pesar de que faltaban la mitad de los pisos y de que las puertas y ventanas aún no podían ser colocadas, tuvimos una velada estupenda.

Charlamos, comimos y bebimos cerveza. Cantamos y bailamos al ritmo de los tambores que las chicas de Hiru habían traído.

Entre aplausos, rompí trece nueces y las fui comiendo mientras imaginaba deseos para mi nuevo año de vida.

Avanzada la noche Gazmira vino corriendo y me dijo que alguien quería verme en la calle. Allí, impecablemente vestido, con su lámpara portable en una mano y un ramo de flores en la otra, me esperaba Zebensui. Me entregó las flores deseándome felicidad en mis trece años. Me reí de su compostura. Acepté las flores, le di un beso de agradecimiento y no lo invité a entrar.

Al volver a mi casa, noté que mis invitados observaban asombrados a mi admirador que, iluminado por su lámpara, regresaba hacia el Club de la colina.

La historia de Itahisa continúa en Parte Cuatro
<http://itahisa.info/about/parte-cuatro/>

Recursos para el Lector:

Diccionario de Términos Atlanteanos
<http://itahisa.info/recursos/diccionario/>

Diccionario de Personajes
<http://itahisa.info/recursos/personajes/>

Blog: <http://itahisa.info>

Itahisa de Atlantis en Redes Sociales:

Facebook: <http://www.facebook.com/ItahisaofAtlantis>

Twitter: <https://twitter.com/ItahisaAtlantis>